

# EN LA CALLE, EN LA CASA, EN EL CAMPO

Eduardo J. Correa



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE AGUASCALIENTES



EN LA CALLE,  
EN LA CASA,  
EN EL CAMPO



# EN LA CALLE, EN LA CASA, EN EL CAMPO

Eduardo J. Correa

# En la calle, en la casa, en el campo

Primera edición 2020 (versión electrónica)

© Universidad Autónoma de Aguascalientes  
Av. Universidad 940,  
Ciudad Universitaria, C.P. 20131,  
Aguascalientes, México  
<https://editorial.uaa.mx>

© Eduardo J. Correa  
© Ernesto Lumbreras Bautista (PROLOGUISTA)

ISBN 978-607-8782-10-9

Hecho en México / *Made in Mexico*

# ÍNDICE

Prólogo	11
Preliminar	17
EN LA CALLE	21
En la brecha	23
A un gusano	24
Del pasado	25
Íntima	26
Cuitas románticas	27
Postal	30
A una hermosa	31
Revérie	32
Frente a una ventana	34
A un desengaño	36
Al abrir un libro	37
Fugitiva	41
A Laura	42
A una medrosa	44
A una desconocida	45
En un jardín	48
El canto de la maja	49

Noche de luna	50
Confesión	52
Croquis	53
A una ingrata	54
A una coqueta	58
A un imbécil	59
Migajas	60
De otros días	63
Santa Tristeza	64
¡Cobarde!	68
Frente al mar	70
Altivez	71
Página vieja	72
A una triste	74
Durante el crepúsculo	75
Repulsión	76
Abril tardío	78
En días de adversidad	79
Never more	80
El artista	82
Ruego	83
Palmas y espinas	87
A una aristócrata	88



EN LA CASA	93
La oración de la noche	97
A una mariposa	99
A un pobre	100
Pensando en mi hija	101
A una golondrina	102
Aspiración	103
Vencido	104
El ajedrez	106
A un cigarro	107
Rayo de sol	108
A una fuente	110
Himeneo	111
En noviembre	112
En el templo	113
El dolor	115
Llueve...	117
Frente al espejo	119
A un ciego	120
A la Cruz	121
Viendo una mariposa	122
Vientos de febrero	123
A un solitario	124
Navidad	126
Para una memoria	129
Viernes santo	131
Después de leer "En Colonia"	132
A un rencoroso	134
Ayer	135
Hoy	136
A un enemigo	137
A un claudicante	141
En las últimas horas de un año	142
Conformidad	145

EN EL CAMPO	147
Invocación	151
Preludio	153
En “La Barranca”	157
Paisaje	158
A un arroyo	159
Alborada	161
En la margen del “S. Pedro”	162
Tempestad	165
Al morir el día	166
Junto al lago	167
Claro–Obscuro	169
En el campo	170
A un asno	172
El Retorno	175

Prólogo

# UN VIENTO DEL PASADO

Lírica de Eduardo J. Correa

*Ernesto Lumbreras*

Para los estudios velardeanos, el nombre de Eduardo J. Correa (1874-1964) es una estación obligada para contextualizar la vida cultural y política donde creció y se formó el joven poeta de *La suave Patria*. La edición de la correspondencia preparada por Guillermo Sheridan, en 1991, arrojó novedades y ratificaciones en torno de la amistad de estos dos escritores pertenecientes a generaciones distintas. Suerte de hermano mayor, consejero sentimental y literario, jefe en las lides periodísticas, socio de bufete jurídico y padrino político, Correa fue uno de los primeros en reconocer el genio artístico y la curiosidad intelectual del nacido en Jerez. Los catorce años de diferencia que separaban a Ramón López Velarde (1888-1921) del escritor aguascalentense, por momentos, en la camaradería de su epistolario se esfumaban para trazar un diálogo fraterno y horizontal sobre los asuntos mundanos y espirituales.

Los poemas aquí rescatados del archivo del reconocido abogado, periodista y poeta hidrocálido fijan una fecha impor-

tante, el 24 de junio de 1906, anotada al final del texto preliminar escrito por su autor a manera de un credo poético. Tal referencia temporal es útil para establecer las coordenadas del material presentado con el título *En la calle, en la casa, en el campo* y que se publica aquí por primera vez. Esta colección lírica, paralela o intermedia a la escritura de los libros *Líquenes, versos* (1906) y *Oropeles* (1907) se mantuvo en el limbo, tal vez en buena parte por las explicaciones que pondera el autor en la presentación del mismo: “Ha sido más sentido que pensado, tanto porque en toda obra, y en las poéticas de preferencia, creo que deben vibrar la sinceridad, como porque no ha sido escrito obedeciendo a un fin preconcebido, para conquistar el aplauso de los doctos, que lo niegan por rutina, o la fácil admiración de las muchedumbres [sic]...”

Para entonces, en 1906, Eduardo J. Correa es un hombre casado y con cinco hijos, de 32 años cumplidos, fundador y promotor entusiasta de varios periódicos y revistas culturales en Aguascalientes, su ciudad natal, a la que regresa tras haberse titulado de abogado en Guadalajara. Justo en este año, gracias al mecenazgo del joven poeta Julio Flores, revive *El Observador* de periodicidad quincenal que había circulado semanalmente en 1900 junto a la revista de arte *Bohemia* comandada por el mismo dúo de Correa-Flores.<sup>1</sup> Para atraerse colaboraciones se cartea con escritores de varias ciudades del país, especialmente con aquellos donde la simpatía de un catolicismo de avanzada permite establecer una agenda que

---

1 Anota Jesús Gómez Serrano que la primera época de *El Observador* duró hasta 1903 “quizá porque poca gente lo compraba y porque el vate Flores se cansó de actuar como mecenas de una empresa sin aparente futuro”. Sin embargo, para su resurrección, tres años después, el periódico “tuvo el honor de inaugurar el periodismo diario en Aguascalientes, pues entre el 20 de abril y el 5 de mayo de 1907, con motivo de las fiestas de San Marcos, se tiró todos los días”. En *Aguascalientes en la historia 1786-1920. Tomo III / Vol. II. Sociedad y Cultura*, Jesús Gómez Serrano, Gobierno del Estado de Aguascalientes, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Aguascalientes, 1988, pp. 345-346.

sume un contrapeso al positivismo y al jacobismo del régimen porfirista manifiestos en varios frentes. En estas páginas, también, se marca una raya estética respecto de la literatura que se escribe y publica en la Ciudad de México, de manera explícita, la abanderada por la *Revista Moderna*. La vertiente decadentista –ora lujuriosa, ora satánica– de José Juan Tablada, Efrén Rebolledo *et al.*, por no hablar de las traducciones de ciertos pecaminosos autores franceses, se reprueba por perturbar la moral cristiana y los principios de la familia.

La obra poética de Eduardo J. Correa, al menos la escrita en la primera década del siglo xx, está atenta a las innovaciones formales del modernismo, sin excederse en los requiebros y las estridencias de ciertos exponentes sudamericanos, ni permitirse atmósferas de sensualidad pagana o prostibularia, todo un cliché de los parnasianos y de los poetas malditos de aquí y de allá. La figura tutelar de *En la calle, en la casa, en el campo* es Manuel José Othón. La publicación en 1902 de *Poemas rústicos* deslumbró a la comunidad de poetas, a los de la Ciudad de México como a los de “tierra adentro”. Una obra de abismos y cimas que se desmarcaba de escuelas y estilos, que instaura una correspondencia espiritual entre el paisaje del desierto y el hombre en la misma latitud metafísica que alcanzó –desde otra disciplina artística– la pintura de José María Velasco sobre el valle de México. En los poemas de la sección *En el campo*, como en la serie de sonetos de “Ruego”, dedicado justamente al vate potosino, aparece el magisterio de Othón cabalmente asimilado, ideal para bordar la urdimbre de la pasión amorosa (con)fundida con el entorno natural: “Pláceme en un rincón de la espesura, / sorprender cuando vas con lento paso / destacada en el oro del ocaso, / en una apoteosis, tu figura”.

Por supuesto que también, entre los capitanes líricos de Correa podemos localizar la nota azul, lánguida y estelar, de Gustavo Adolfo Bécquer; a Luis G. Urbina, llamado “el último romántico”; al meditabundo Amado Nervo, que se solaza en los

pequeños objetos; a Francisco Villaespesa que trova el amor pueblerino, y a otros más. En el poema, “La oración de la noche”, que abre la sección *En la casa* podría trazarse una rama consanguínea con la obra de Juan de Dios Peza, “el cantor del hogar”, poeta especialmente popular por sus versos dedicados a su progenie así como a los rituales domésticos. Lector de actualidades, Eduardo J. Correa estaba al día de lo que circulaba en diarios y revistas, no sólo de publicaciones editadas en México, sino que también revisaba con sumo interés periódicos españoles y sudamericanos. Las dedicatorias de varios de los poemas de *En la calle, en la casa, en el campo* advierten el trato afectivo con escritores como Celedonio Junco de la Vega, de Monterrey; Manuel Caballero, de Jalisco, pero afincado en la Ciudad de México; Francisco González León en su botica de Lagos de Moreno; Amando J. de Alba en su parroquia zacatecana de Nochistlán; Antonio Moreno y Oviedo al igual que José Becerra, de Lagos de Moreno; además de varios coterráneos como Manuel Carpio y José Villalobos Franco, entre otros más.

Entre todos ellos integraron un círculo literario –informal y sin manifiesto tácito– donde se leían y comentaban, se promovían en sus publicaciones locales y se recomendaban lecturas afines, se organizaban y conspiraban respecto de enemigos y fobias comunes. Llegado el momento, Ramón López Velarde formará parte de esta tertulia buscando el consejo y la enseñanza de los talentos más aventajados, de manera relevante las lecciones de Francisco González León.<sup>2</sup> Si bien la primera carta que se conserva del epistolario con Correa está fechada en octubre de 1907, es de suponerse que el poeta de *Zozobra* conocía al periodista y poeta hidrocálido de nombre, leído en alguna gaceta o periódico unos años atrás. Es cierto que López Velarde

---

2 De su paso por el Seminario Conciliar de Zacatecas entre 1900 y 1901, según refiere en “El capellán”, el jerezano tuvo referencia de Francisco González León y de Amando J. de Alba por voz del padre Reveles, el personaje de carne y hueso que encarna el padre Mireles de la prosa velardeana.

no figura en las dedicatorias de este libro póstumo. La ausencia en tal elenco da luces para afirmar que la amistad entre el aguascalentense y el zacatecano, comenzaría al menos a finales de 1906.<sup>3</sup> Tres años después, tras la paginilla de *En la paz del otoño* (1909), su quinto libro de versos publicado en Guadalajara, Correa stampa el “oscuro nombre” del joven poeta como una muestra innegable de afecto, admiración y complicidad.

Los primeros poemas velardeanos, los que no alcanzaron el honor de formar parte de *La sangre devota* (1916), acusan guiños y parentescos con los poemas escritos de *En la calle, en la casa, en el campo*. Por ejemplo, Correa escribe una serie de poemas galantes donde el solo título ya insinúa el cortejo del enamorado por una beldad femenina, a veces hosca y renuente, en otras provocadora y solícita: “A una hermosa”, “A una desconocida”, “A una ingrata”, “A una coqueta”, etcétera. El de Jerez escribió dos piezas tempranas que replican la estructura del lance amoroso: “A un imposible” (ca 1905) y “A una pálida” (1906). Se reconoce en la vena literaria de los poemas amorosos de Correa, libres, quizá, de desasosiegos y de culpas, a diferencia de los escritos por el joven López Velarde, titubeantes en la forma, pero firmes en el espíritu de las emociones y las dudas respecto del ser amado. Los poemas de minimalistas y bucólicos del hidrocálido poseen mejor resolución expresiva y capacidad evocadora; en éstos, Correa se adentra en el objeto o en el paisaje y coloca su experiencia de observador rebasando el nivel descriptivo. A partir de tal apropiación, el tema de los versos se torna pretexto para transmutarse en experiencia poética. Nos dice, por citar un ejemplo en torno de un objeto tan común en el ámbito de un escritor: “Tomo el libro pequeño y

---

3 Sofía Ramírez, autora de *La edad vulnerable. Ramón López Velarde en Aguascalientes* (2010) también es partidaria de fechar en 1906 el contacto y el trato de estos escritores, corrigiendo de paso la aseveración de Elisa García Barragán y Luis Mario Schneider, que lo situaba en 1904. Es posible que el intermediario de tal presentación haya sido José Villalobos Franco, joven colaborador de Correa en las lides periodísticas.

satinado / que descansa en mi estante abandonado / y al abrir la flexible cartulina / se escapa, con un viento del pasado / una dulce presencia femenina”.

Tras la publicación de *Autobiografía íntima* (2015), la obra de Eduardo J. Correa, tanto la escrita en prosa como en verso, reclama lecturas desde el presente. Protagonista de un momento estelar de la cultura católica en México, su trabajo literario va dejando atrás la polvareda política que impuso, en su momento, revanchas y aduanas. Para la literatura regional del centro del país, y muy especialmente para los centros de estudios literarios de Aguascalientes y Guadalajara, el legado de Correa en el periodismo y en la literatura merece, una y otra vez, su reivindicación y su relectura, práctica cotidiana de una tradición cultural con memoria y sentido crítico que sabe de dónde viene y a dónde va.

Zapopan, Jalisco, mayo de 2020



# PRELIMINAR

Aquí te va, lector amigo, un libro humilde y sincero. Lo primero, porque tan lejos está de vanas pretensiones, que ni siquiera ha buscado el atavío de ostentoso prólogo, ni procurado para las dedicatorias nombres de próceres, pues como para mí es el Arte cosa alta y noble, creo que no debe emplearse en oficios bajos y adulaciones viles. Lo segundo, porque cuanto en estas páginas palpita, ha sido más sentido que pensado, tanto porque en toda obra, y en las poéticas de preferencia, creo que debe vibrar la sinceridad, como porque no ha sido escrito obedeciendo a fin preconcebido, para conquistar el aplauso de los doctos, que lo niegan por rutina, o la fácil admiración de las muchedumbres, que no puede halagar al artista, ni menos para lograr honores más

prácticos, que llenen el bolsillo aunque no satisfagan el espíritu, ya que me parece lo más triste, lo más repugnante, lo más asqueroso, para decirlo de una vez, ocupar en prosas tales el fuego divino de la poesía, pues esto equivale a hacer de águila poderosa, que puede cernerse en el espacio, el inmundo reptil que se arrastra en el fango.

Amigo que, por ser perspicaz observador, muéstrate acucioso y lleno de repulgos, y que, por conocerme íntimamente, sabe que no me ha tocado, a Dios gracias, sufrir de la vida asperezas de madrastra, impugnando la sinceridad de mi libro, dícame que doy a conocer por aquélla disgusto enorme y que le dirijo injustos reproches; mas aquí, en legítima defensa, afirmo que encuentro mala a la vida, como se vive socialmente, y esto, porque, como dice Renán: “Cuando uno se queja de la vida, es, casi siempre, porque se le ha pedido lo imposible,” y yo, que sueño con el dominio absoluto de la justicia bajo el imperio del bien, no me amoldo a ver la virtud en derrota y el vicio coronado, porque este espectáculo hace daño a mis ideales.

No voy, lector benévolo, siguiendo añeja costumbre, a pedirte excusas por la publicación de este librajeo o por las faltas con que en él tropezares, pues no

tengo el orgullo de la modestia, que dice Urueta, ni creo que delinca al publicar lo que he producido, obedeciendo a una necesidad psicológica, –no por buscar frágiles éxitos que engolosinan a algunos espíritus–, y procurando rendir culto a la verdad y el merecido respeto a los cánones de la forma; máxime cuando, de lo que aquí leerás, la mayor parte ha andado ya en las hojas periódicas del país y en algunas del extranjero, de suerte que mi tarea, al ordenar este volumen, ha sido la humilde de formar un haz con las silvestres flores que vivían dispersas en columnas de revistas o yacían olvidadas en las gavetas de mi escritorio.

Mas si no dejare de encarcerarte, para interesar tu benevolencia, las fatigas que he pasado para dar cima a mis deseos, ya que arrumbado en este rincón de provincia, en ambiente, no digo adecuado para el desenvolvimiento de escasas facultades, sino francamente hostil a las manifestaciones artísticas, sin estímulos ni esperanza de la recompensa a que todo trabajo tiene derecho, he tenido que luchar con decisión, combatiendo las poderosas resistencias pasivas de la inercia, desoyendo augurios desconsoladores, entibiando frialdades de escépticos y acudiendo al prudente y sabio consejo de amigos bondadosos que viven lejos del sepulcral quietismo literario en que

yo vegetal, a fin de poder formar el rústico ramo que traigo como ofrenda a los altares de la Belleza.

Tampoco habré de ocultarte las indecisiones con que he luchado, pues si en unos instantes el entusiasmo juvenil me prestado su aguijón para dar punto a la empresa, en otros, ya luchando con las rebeldías de la forma, o ya encontrando pobres y desgarrados a los hijos de mi cerebro, el desaliento me ha abatido, hasta que por fin heme resuelto a entregarlos a la publicidad en esta forma, creyendo que, al contrario del tenorio, si mala vida les di no debo brindarles la peor de las sepulturas: la del olvido.

Y con esto, lector amigo, voy a poner punto final. Lee sin prejuicios el libro que en tus manos pongo; si lo hallas aceptable, holgaréme de ello: si así no fuere, sentirélo en demasía y escucharé con gratitud tu consejo, si acaso tuvieres humor de practicar una de las obras de misericordia.

24 de junio de 1906.

El autor

EN LA  
CALLE



## En la brecha

¿Por qué pretendes que mi estrofa calle?  
Deja que vibre en la inacorde lira  
y en un violento apóstrofe que estalle  
si en una justa indignación se inspira.

Déjala que flagele o que avasalle  
con arrullos de amor o arranques de ira  
y que en la lid por la verdad batalle,  
ajena a la ruindad y a la mentira.

¿La derrota? Temerla es desventura;  
y la teme el que corre tras la gloria  
por dejar una huella de su paso,

por conquistar la admiración futura...  
¡A mí, como no busco la victoria,  
no me inspira temores el fracaso!

## A un gusano

En un jardín

**P**egado de ese fresno a la corteza  
ves impasible el carnaval mundano;  
ni te arredran sus furias de océano,  
ni siquiera te deslumbran su riqueza.

No miras cuánto ardor, cuánta fiereza  
el hombre gasta en el palenque humano,  
por alcanzar el fugitivo y vano  
placer que da la femenil belleza.

Por ésta lucha desalado y ciego,  
sufre dolores y despierta iras,  
y a veces en la sórdida balumba  
estériles le son afán y ruego...  
Mientras a ti, que impávido la miras,  
dulce regalo te dará en la tumba.



## Del pasado

No me hables de tristes desengaños  
por la ilusión que me halagara un día;  
nunca en tus ojos bellos cuanto hurraños  
me ha cantado el amor su epifanía.

¿Quién eres? No lo sé. Me son extraños  
los rasgos de esa historia de falsía;  
yo nunca he sido víctima de engaños;  
esa historia que cuenta no es la mía.

Mas ven a mí, pues tu mirada triste  
no sé qué angustias en mi pecho evoca...  
¡Ay!, te conozco, ingrata, sí; tú fuiste  
la que fingiendo amor, voluble y loca,  
en la mitad mi corazón heriste  
al oprimir mi boca con tu boca.

## Íntima

¡Ya véis! De nuevo pretendí, señora,  
que al atrofiado corazón volviera  
una dulce emoción de primavera,  
una indecisa claridad de aurora.

En amaros pensé, como se adora  
en plena juventud, por vez primera,  
mi alma os hizo confesión sincera  
de una casta pasión arrobadora.

Hoy... perdonad, señora, mi desvío;  
mi amor no logra derretir la nieve  
con que a mi dicha amortajó el hastío.

¿Que adore el corazón? ¡Vanos empeños!  
¡Dejad que el viento del dolor se lleve  
las últimas pavesas de mis sueños!

## Cuitas románticas

Nada de sufrimientos ni reproches  
por un amor que el desengaño trunca;  
dime hoy como siempre, ¡buenas noches!  
y no nos despedamos... ¡hasta nunca!

No doblegues aún la frente mustia  
ante el dolor cruel que te amilana:  
engañemos por hoy a nuestra angustia  
con un consolador ¡hasta mañana!

Forzoso es comprender qué vano empeño  
es el aprisionar las ilusiones,  
y querer con el hilo del ensueño  
enlazar para siempre corazones.

En copa en que bebimos la ventura  
no pongamos la hiel de los agravios;  
venga en las heces la postrer ternura  
con un dejo de miel para los labios.

Y si mañana a la hora de la cita  
miras que no me acerco a tu ventana,  
consuelo da a la amorosa cuita  
diciéndome con fe: ¡vendrá mañana!

Y poco a poco el prematuro hastío  
borrará nuevo amor con grato acento,  
como se borra del cristal del río  
leve celaje que disipa el viento.

No tarde volverá la primavera,  
y al influjo del sol de otros amores  
sentirás lo que siente la pradera  
cuando la viste abril con nuevas flores.

Ya ves que las tristezas del invierno  
se olvidan cuando brotan verdecidos,  
sobre el desastre que creyose eterno,  
nuevos follajes para nuevos nidos.

Calmado el padecer que te desvela,  
te habrá de seducir otro espejismo,  
y has de encontrar insulsa la novela  
de éste nuestro primer romanticismo.

Es forzoso concluir; por nuestro cielo  
no ha cruzado jamás ni leve nube;  
mas ya crespones de su obscuro velo  
tendiendo va la tempestad que sube.

Al ver que avanza con seguro paso,  
el temor a la sombra me amedrenta,  
y empujo a nuestro amor hacia el ocaso  
para que no lo azote la tormenta.

Serena tu dolor, que con el duelo  
toda la fuerza a mi valor arrancas,  
y al irme quiero ver que tu pañuelo  
mueven, diciendo adiós, tus manos blancas.

No debo pedir más; rotos los lazos  
que nos unieron en amantes lides,  
no puedo ya aspirar a que en tus brazos  
me estreches murmurando: ¡No me olvides!

Yo no te olvidaré. Mas, ¿tú? ¡Quién sabe!  
Quizá nunca me arrojes al olvido;  
aunque inconstante, cuando vuelve el ave  
busca la rama en que colgó su nido.

Tal vez mañana a la ilusión que vuela  
tomar contemple tu mirada triste;  
entonces le dirás a la locuela  
con un dulce reproche: ¡Al fin volviste!

Y tu alma sentirá el amor divino  
en que hoy tus ansias de pasión abrevas,  
y otra vez hallarás en tu camino  
dulces recuerdos y esperanzas nuevas.

## Postal

He acabado de leer  
tu carta. ¡Vaya un anhelo  
que cante al azul del cielo  
cuando no lo puedo ver!

¡Si lo pudiera entrever  
de tus ojos tras el velo,  
la estrofa alzaría su vuelo  
cantando un amanecer!

¡Si no más por ver tus ojos  
el alba rasga su broche  
y arde el azul en sonrojos!

¡Que sin ellos viviría  
el cosmos en una noche  
sin esperanzas de día!

## A una hermosa

Yo soy un extraviado peregrino  
que vengo del país de la tristeza:  
por eso tanto grumo en mi cabeza  
ha dejado la nieve del camino.

No sé ni adónde voy: vago sin tino,  
en busca siempre de ideal belleza,  
sin pensar que una flor en mi maleza  
arrojar pueda pródigo el destino.

Tu frase llena de sutil ternura  
mi sed mitiga y mis dolencias sana,  
y sólo, triste, el corazón murmura:

gracias, me has hecho bien, samaritana...  
¡No puede más; unir fuera locura  
mi viejo hastío a tu pasión temprana!

## Revérie

A M. Ramos Chávez

Prima noche. Rebelde a mis amores  
impusiste silencio a mis clamores  
de insensata pasión. Tan vehemente  
fue tu desdén, que el casto afecto mío  
no obstante ser tan grande, fue pequeño  
ante la magnitud de tu desvío.  
Callamos: triste yo, tú desdeñosa,  
nos pusimos a ver hacia el poniente,  
donde la luna, como hoz lustrosa,  
brillaba, fulgurante y misteriosa,  
propicia a las dulzuras del ensueño.

Algo dijo a tu espíritu sombrío  
la excelsa paz del campo. Embelesada  
perdíase en el cielo tu mirada  
y arrullaba tus sueños celestiales  
el rumor melancólico del río,  
que rompía allá lejos sus cristales.

En una dulce languidez sumida  
contemplabas la pompa de los cielos,  
escuchando en el aura estremecida  
suave canción de amor jamás oída,  
que sus alas prestaba a tus anhelos  
y te alejaba, en atrevidos vuelos,  
¡de todas las miserias de la vida!



Medió la noche. El tiempo transcurría  
sin que apreciaras su trascurso lento,  
inmersa en el divino arrobamiento  
en que por vez primera te ofrecía  
su pasión inmortal, ¡la Poesía!

¡Entonces recité, casi a tu oído,  
trémulo y conmovido,  
una estrofa de amor, vibrante y tierna,  
que puso, de mi plectro en el cordaje,  
Naturaleza, inspiradora eterna,  
musa que siempre al que en su altar oficia  
le otorga una caricia  
de su pasión romántica y salvaje!

¿Qué te dije? No sé. Lo que en la calma  
de aquella noche, con pujante brío,  
ponía en los bordones de mi alma  
ese blando y confuso murmurío  
que se alza de las selvas misteriosas  
en el silencio de la noche quieta,  
¡y al arrullar el sueño de las cosas  
hace vibrar los sueños del poeta!

Apagóse la música del verso  
y fue el milagro. Te escuché un ¡te adoro!  
Venus abría su nectario de oro  
sobre el zafiro terso.  
Cerramos el balcón. ¡Eras ya mía!  
La noche iba en derrota: amanecía...

## Frente a una ventana

A Juan Aymerich

### I

Al volverte a mirar, a los fulgores  
de la luna, celeste mensajera,  
siento que vuelve antigua primavera  
del alma a los jardines interiores.

Guarda el recuerdo, entre tus verjas, flores,  
y creo ver surgir, tras la vidriera,  
a la gentil amada que me espera  
para el sencillo diálogo de amores.

¡Con qué deleite la añoranza evoca  
la dicha muerta y el placer pasado!  
Y el alma siente, de amargura loca,

que gime entre tus hierros enjaulado  
¡el dulce beso que en su fresca boca  
sólo para mi amor tuvo guardado!

### II

Casto beso de amor, sal de las rejas  
en que insensato te dejó mi olvido,  
y no aflijas al pecho entristecido  
con el eco implacable de tus quejas.

Mas antes de volar, ya que te alejas,  
embriaga por vez última al vencido  
corazón en que un día hallaste nido,  
con el perfume de alegrías viejas.

Mira en su fondo qué profundo duelo  
y venza la piedad al justo encono;  
ya ves, te deja levantar el vuelo

aunque siente más grande el abandono...  
¡Oh!, beso, alma de ELLA, por consuelo  
al ausentarte dile: ¡te perdono!

## A un desengaño

A Antonio M. y Oviedo

**E**ngrendro de pasión y de inconstancia,  
a veces tornas a engañarme, y dejas  
en la memoria mía esa fragancia  
dulce y querida de las cosas viejas.

Si tocas a la puerta de mi estancia,  
no te refiere el corazón sus quejas,  
y aunque no tienes, para amar, constancia,  
siempre me pongo triste, si te alejas.

Si están frescos los bordes de la herida  
con que partiste el corazón antaño,  
¿por qué al volver te doy la bienvenida?

¿Por qué te adoro si me causas daño?...  
¡Se ama el cadáver porque fue una vida!  
¡Cadáver de amor eres, desengaño!

## Al abrir un libro

Tomó el libro pequeño y satinado  
que descansa en mi estante abandonado,  
y al abrir la flexible cartulina  
se escapa, con un viento del pasado,  
una dulce fragancia femenina.

Perfume que conozco, que una historia  
evoca de venturas y de quejas,  
y hace que los recuerdos, como abejas,  
liben, en el panal de la memoria,  
la grata miel de sensaciones viejas.

Aroma que hace tiempo, de ventura  
puso en mi corazón dulces resabios,  
cuando en la cita en la ventana oscura  
lo aspiré, contemplando tu hermosura,  
en las rosas abiertas de tus labios.

Al volverlo a aspirar, una divina  
embriaguez, como un sueño de morfina,  
invade mi cerebro trastornado,  
y el alma, como un astro que declina,  
se hunde en el poniente del pasado.

Y te veo surgir de entre las hojas  
del libro; aérea, espiritual, radiante;  
la mente vuelvo a la pasión distante  
y deslumbra mis íntimas congojas  
la pompa de un mirífico levante.

Ausentes dichas el recuerdo evoca,  
y me anego en un algo que no existe,  
y en la visión encuentra el alma loca  
el mismo aliento de tu linda boca,  
la misma luz de tu mirada triste.

Entonces te contemplo, cual soñara  
verte en mis ansias de pasión un día;  
por preferir mi ingenua idolatría,  
en mi vida surgir, dejando el ara,  
como una luminosa epifanía.

Lo soñé muchas veces, no lo niego,  
y con la fiebre de amoroso fuego  
hice del porvenir soberbios trazos  
al ver que accedías a mi ruego  
y sin miedo te dabas a mis brazos.

No hay que culpar a mi pasión sencilla,  
al ver los sueños del ayer dispersos,  
porque pudo aspirar la pobrecilla  
a verte en mi modesta bohardilla,  
siendo la inspiradora de mis versos.

Al tenerte en mis brazos, nunca esquivas  
sentiste repulsión por el andrajo  
ni meditaste, de mi amor cautiva,  
que yo, pobre y obscuro, estaba abajo  
y tú, opulenta y vanidosa, arriba!...

¿Arriba tú? ¡Jamás! Con alto orgullo  
afirmo que mi amor te dio las galas;  
que en rosa te cambió, siendo capullo;

que eras vibración, y te hizo arrullo;  
que eras oruga, ¡y te ofreció las alas!

Después, ¿qué ha conseguido tu riqueza?  
Una turba vulgar de aduladores  
que no sabe exaltar a la belleza  
ni ha de tejer con inmortales flores  
¡la corona que pide tu cabeza!

Si aún esclavos tiene tu hermosura  
y hay alguien te admire y tu renombre dura,  
aunque rabie tu corte de perversos,  
¡sólo es porque tu busto de perjura  
grabado está en el cuño de mis versos!

Allí quedaste vanidosa, altiva,  
cuando al ver tu traición, en vez del ruego,  
ciego al perdón y por el odio ciego,  
tu soberano rostro mi invectiva  
lo cruzó con sus cláusulas de fuego.

Mas pronto pasa la impresión de duelo  
que al estro un ritmo de dolor arranca,  
torna la mente hacia el pasado el vuelo,  
y encuentra en tu memoria siempre blanca,  
un alba esplendorosa de consuelo.

¡Aunque finges odiarme, y con desvíos  
pueriles disimulas tus hastíos,  
no habremos de encontrar, pese a tu orgullo,  
tú, besos más ardientes que los míos,  
yo, corazón más pérfido que el tuyo!

Mas fuiste un tiempo a mi pasión propieja  
y llenas tantas hojas de mi historia,  
que al evocar tu imagen con delicia  
siento que un fresco soplo de caricia  
vuelve la juventud a mi memoria.

Es que amanece entonces en mi mente  
y mis labios se callan el reproche,  
cual se borra la bruma del poniente,  
si surge sonrosada en el oriente  
la augusta vencedora de la noche.

Vuelva el libro pequeño y satinado  
a yacer en mi estante abandonado...  
¿Qué brindarme en sus páginas podría  
más bello que el poema de un pasado  
en que fui tuyo y en que fuiste mía?



## Fugitiva

La reja al contemplar, donde solías  
confesarme tu amor con embeleso,  
y en cuyas verjas, dulcemente preso,  
tuve mi corazón en otros días,

siento que tornan viejas alegrías:  
la diaria cita y el mohín travieso,  
la carta ingenua y el furtivo beso,  
robando entre inefables niñerías...

Aspiro esas fragancias del pasado  
y en una plácida abstracción me abismo,  
mas al ver que con ellas no han tornado

ni tornará mi juventud ausente,  
deshace la añoranza su espejismo  
y más sombras se agrupan en la mente...

## A Laura

### I

¡Pobre Laura! Tú no sabes  
lo que duran los amores,  
si porque vuelan, son aves,  
porque se agostan, son flores!

Si a tu ilusión no precaves  
de desengaños traidores,  
tus penas serán muy graves,  
muy amargos tus dolores.

Si ambicionas ver salvado  
tu afecto de la tibieza,  
de la traición y el hastío,  
ofrece siempre al amado  
con la miel de la promesa  
el acibar del desvío.

### II

¡Pobre Laura! A tu belleza  
ya presta tonos sombríos,  
la prematura tristeza  
de inesperados hastíos.

¡Con cuán ingrata fiereza  
la suerte, con sus desvíos,

ha convertido en pavesa  
tus primeros amoríos!

¿De qué sirven los quince años  
si los torvos desengaños  
cambian la ilusión querida

en un poco de hojarasca?  
¡Pobre rosa sacudida  
por un viento de borrasca!

## A una medrosa

Pobre de ti que en el vaivén mundano  
el pavor a tu espíritu acompaña,  
y forjas de una arena, una montaña,  
y de una gota de agua, un océano.

Necesitas, tomada de mi mano,  
al dolo ajena y a la lucha extraña,  
esquivar el fragor de la campaña  
que nos asorda en el palenque humano.

¡Pobre de ti, mujer! Triste la frente  
y por amargas penas combatida,  
bajas de la existencia la pendiente,

mientras más desgraciada, más querida  
porque eres una víctima inocente  
de ese verdugo sin piedad: ¡la vida!

## A una desconocida

Ven, la lumbre de tus ojos  
baja al fondo de mi pecho,  
al rincón donde guardaba,  
preservándolo del hielo,  
el moribundo rescoldo  
de mis últimos ensueños.

Al mirar que en tus pupilas  
paz y dicha y luz encuentro,  
experimenta mi alma  
la sensación del deshielo  
y en el caliente rescoldo  
enciende el amor su fuego.

Mira: rasgan ya la sombra  
crepusculares reflejos,  
vuela, rozando mi lira,  
el ala breve de un verso  
y arrullos de primavera  
trae en sus alas el céfiro.

Nada queda ya en mi alma  
de los desencantos viejos,  
y en ella las amarguras  
no prenden sus grises velos,  
que al ver tus ojos azules  
he visto el azul del cielo.

Vuelven en locas parvadas  
ilusiones de otros tiempos,  
las que me hicieron dichosos  
y en mi horizonte encendieron  
el sol que abrasó las alas  
de mis amores primeros.

¿Adónde vas y quién eres?  
¡Y qué me importa el saberlo!  
Eres para mí, belleza,  
¡y sé que aunque vayas lejos  
estarás siempre conmigo  
en el fondo de mi pecho!

Si en mis locos entusiasmos  
ni que me adores anhelo,  
ni ansío que en tus pupilas,  
azules como los cielos,  
brillen en una violenta  
combustión nuestros ensueños.

Si tal vez mientras me dictan  
tus pupilas estos versos,  
tú, soñando en la quimera,  
en un dulce arrobamiento,  
te entregas a las caricias  
del príncipe de tus sueños.

Y ya ves cómo al pensarlo  
ni me atenazan los celos,  
ni siento un ansia secreta  
por ser el único dueño  
de esas azules pupilas  
y de esos labios bermejos.

Porque encarnas la belleza  
mis homenajes te ofrezco,  
y dejo la apostasía  
y me declaro un converso,  
que de la línea y la forma  
reconocerá el imperio.

¿Quién eres? Lo ignoro. Y nunca  
llegar aguardo a saberlo,  
¡como tú tampoco sabes  
que en estos momentos  
tus ojos me van dictando  
lo que el alma va escribiendo!

Gracias, belleza, a tus ojos  
por el milagro que hicieron  
de darle amor, que es la vida,  
a mi corazón de hielo,  
y de encender la esperanza  
en la noche de mis duelos.

## En un jardín

A F. Martínez Dolz

**B**uscando un lenitivo a mis congojas  
he venido a mirar desde tus setos,  
¡oh, jardín!, en los álamos escuetos  
el reverdecimiento de las hojas.

He visto cómo la corteza aflojas  
de las parduscas ramas, e indiscretos  
los renuevos asoman, como retos  
con que al invierno en su partida enojas.

Hablas tú a mis dolores de esperanza:  
Veo en pensil en donde erío fuera  
y observo con deleite la mudanza,

pues el árbol de mi alma entristecida  
piensa que ha de tener su primavera,  
que habrá de florecer en otra vida.



## El canto de la maja

¡Cómo se olvida el alma de su tristeza  
y en mis labios retozan las seguidillas,  
cuando miro la marcha de las cuadrillas  
que van partiendo plaza con gentileza!

¡Qué brillante conjunto, cuánta belleza!  
¡El sol brilla en la seda de las mantillas,  
en los ricos mantones y chaquetillas,  
que aumentan los primores de la guapeza!

Pero más gozo tengo cuando mi chulo  
tira a la res el trapo con gran donaire,  
me hace un guiño de ojos, con disimulo,

y... ¡zaz!... ¡hunde el estoque! Lluvia de palmas,  
¡los aplausos y dianas hienden el aire  
y a mi torero aclaman miles de almas!

## Noche de luna

¡Oh, mis sueños de mejores días!  
cuando la luna banca,  
en el silencio de la noche augusta,  
nuestras citas de amor iluminaba;

cuando los ecos tímidos y breves  
de tus promesas castas,  
se llevaban las brisas susurrantes,  
al modular su triste serenata;

cuando escribiste: Siempre seré tuya,  
en las ardientes cartas,  
que en un paquete perfumado deben  
conservar de otros días la fragancia...

¿Qué fue de aquel amor? Los dos tuvimos  
ensueños entusiastas,  
¡los dos soñamos con los mismos besos,  
los dos vivimos con las mismas ansias!

¡Y después de una noche de vigilia,  
por sugestión extraña,  
juramos el olvido mutuamente  
contra la rebelión de nuestras almas!

¡Qué imposible el olvido! Nuestro afecto  
no era soplo del aura  
que suspira en la frondas débilmente

y riza apenas el cristal del agua...  
imprimimos opuestas direcciones  
    los dos a nuestras barcas,  
vino el naufragio y en las crespas olas  
el cadáver flotó de la esperanza.

Y no volvió a iluminar la luna,  
    en la reja callada,  
nuestra cita de amor, ni a sorprendernos  
en dulces confidencias volvió el alba.

Hoy que la juventud está distante  
    y en tu cabeza blanca  
deja el invierno de la vida leve  
esos grumos de nieve de las canas.

Haz de tu amor la confesión postrera  
    y sé ingenua, sé franca;  
di que tu corazón es todo mío,  
que cual en otros tiempos me idolatras...

Y en esta noche en que la luna llena  
    del pasado nos habla,  
por el grave pecado de tu orgullo  
¡te mandaré la absolución del alma!

## Confesión

**A**nhelo que me adores, ¡me venciste!  
Mas yo no sé si el corazón lo ansía  
por un amor inesperado y triste  
o por la vanidad de hacerte mía.

Mas dulce vanidad o amor, existe,  
y si puede afirmarte mi hidalgúa  
que el alma a tus desdenes se resiste  
y que lejos de ti, todo la hastía.

Si sabes ya que por tu afecto lidio  
oye benigna mi devoto ruego,  
dame tu amor por el que tanto lucho.

Y en mis brazos no temas que el fastidio  
mate nuestros amores... Me iré luego...  
¡Ah! ¡Soy de aquellos que no viven mucho!

## Croquis

Está de fiesta el pensil:  
en los blancos surtidores  
murmura el agua loores  
en honor del mago abril.

Traza Flora, la gentil,  
en los prados, con sus flores,  
abanicos de colores  
con varillas de marfil.

Surge el sol: manchones de oro  
deja en los nuevos follajes,  
donde canta alado coro.

Y abanican a las rosas,  
como románticos pajes,  
la volubles mariposas.

## A una ingrata

Deja un momento el esplendor del baile:  
huye conmigo, como en otros tiempos,  
a la terraza húmeda que aroman  
los azahares... y antes de que al lecho  
vayas con el esposo que anhelante  
querrá llenar tu boca de sus besos,  
arrullarte con todas sus ternezas  
y abrasarte con todos sus afectos;  
antes de que la luz del nuevo día  
el cielo dore con sus rojos flecos  
y te sorprenda en brazos del que pudo  
dar a tu alma sol para su hielo,  
oye la voz del que te quiso mucho,  
del que te quiere aún... y viene ciego  
a mezclar con tus blancos azahares  
unos manojos de amarantos secos.

No temas un reproche de mis labios,  
no te asuste una queja de mi pecho;  
a hablarte va mi corazón que te ama  
con el lenguaje en que te habló en un tiempo,  
el mismo que entendías no hace mucho,  
cuando a mi oído, con medroso acento,  
-¡no te vayas!- gimiendo me decías  
y tus brazos echabas a mi cuello.  
¡Contrastes de la vida! No te vayas  
me decías ayer, y ahora vengo,  
cuando tú no quisieras, cual fantasma  
que mira con horror tus ojos negros.

Ven sin temor. ¿En acceder vacilas  
a la demanda de un amigo viejo,  
que flores de una antigua primavera  
corta para la fiesta de tus sueños?  
Ven conmigo: las cosas de otros días  
no sabe el corazón lo que se hicieron:  
si fueron aves, emigraron todas;  
si flores, marchitaron los pétalos;  
no quedan ya de aquellos panoramas,  
con el mismo matiz y el mismo aspecto,  
sino la luna blanca que testigo  
fue de nuestros amores, ¡desde el cielo!

Si en otras noches de ventura llenas,  
a la luz de la luna, en tu ventana,  
dejamos que el ensueño, como pájaro  
que libre ve la puerta de su jaula,  
volara hasta el azul; si en ese entonces,  
como una sombra por tu frente blanca,  
pasaba el pensamiento de que un día  
pudieran separarse nuestras almas;  
si mi trémula voz fue la primera  
que al conjuro eficaz de una palabra  
bañó las ilusiones de tu pecho  
con la lujosa claridad del alba;  
si aún has de conservar en el armario,  
donde yacen las cosas olvidadas,  
algunas de las flores que te diera  
y el legajo amarillo de mis cartas,  
y si aún has de sentir con mi recuerdo  
una inefable sensación extraña,  
lo que la flor con la primera lluvia  
y el tronco viejo con la nueva savia...  
deja que por vez última mis versos

murmuren en tu oído su romanza,  
la misma que arrullaba en otros días  
nuestros castos amores... ¡y mañana  
sólo seremos dos desconocidos  
de la vida eterna mascarada!

¿Eres feliz? ¡Responde! –¡Quién lo duda!–  
contestarán tus labios, esos labios  
que la frescura de las flores nuevas  
conservan en su rosa delicado;  
pero esas frases que el encono inspira  
las dictan el orgullo y el engaño,  
porque no eres feliz... ¡Me lo asegura  
mi corazón que te idolatra tanto  
y ha dejado todos sus afectos  
en el altar de tus ensueños castos!  
No, no mientas, no ultrajes mis dolores  
la postrera ocasión en que te hablo;  
permite que se lleven mis tristezas  
un consuelo al saber que me has amado;  
confiesa que en el fondo de tu alma  
viven las glorias de un ayer lejano,  
de las cuales conserva tu memoria  
breves siluetas de precisos rasgos...  
No temas que las brisas indiscretas  
mañana lleven en sus giros vagos  
un eco de las frases de tu boca  
o los acentos del amante diálogo  
que sostenga mi alma en tu alma  
en la cita de amor a que te llamo,  
en la terraza húmeda que impregnan  
con su grato perfume los naranjos;  
y aquí en la soledad, sincera, franca,  
di que me amas aún, que el desencanto



dejó sobre la flor de tus ensueños  
sus blancas plumas y sus grumos blancos,  
desde la noche aquella en que la intriga  
te arrancó para siempre de mis brazos;  
que desde entonces en tu senda crecen  
sólo las púas de espinosos cardos,  
sin que la vista abril con sus capullos  
ni con sus rosas el florido mayo;  
y antes de que en los picos de la sierra  
prenda el alba sus cárdenos penachos,  
y se termine en el salón el baile,  
y marches con tu esposo al rico tálamo  
¡dime por la vez última que guardas  
el sabor de mis besos en tus labios!

## A una coqueta

Siento al verte, una fuga de ilusiones  
que cruza por mi ánima sencilla  
al pensar que ya no eres la chiquilla  
que soñaba con místicas visiones.

Hoy en el bulevar tus perversiones  
luces con impudor, y la enaguilla  
alzas para mostrar la pantorrilla  
que provoca malignas tentaciones.

La mente, en honda reflexión suspensa,  
cuando la falda a la cadera untas  
y el pudor de tu escote se avergüenza.

Volviendo la mirada hacia el pasado  
medita con dolor en las difuntas  
purezas de un amor que has olvidado.

## A un imbécil

**T**e conocí arrastrándote en el cieno  
por lograr tus delirios de opulencia,  
y haciendo traición a tu conciencia  
cuanto era malo proclamabas bueno.

Nunca pusiste a tus audacias freno,  
y, con baldón de la honra y la decencia,  
al fin eres dichoso en la existencia,  
pobre en virtud y en vanidades lleno.

¿Alto te ves, intelectual enano?  
¡Pues no lograrás nunca que no encuentre,  
yo que tu ira y tu ruindad arrosto,

en tu alma podredumbre del pantano  
con cuyos miasmas se nutrió tu vientre,  
con cuyo fango se tizó tu rostro!

## Migajas

¿Un hombre que te escribe madrigales?  
¡Cosa rara en verdad! Porque hoy en día,  
en nuestra sociedad sin ideales,  
sólo se escriben con placer los vales  
librados a cualquier tesorería.

Pedro, honrado y pobre, sintió un día  
que al corazón le entraba la tristeza,  
e hizo, con muchos, las simpleza,  
por matar el dolor que lo afligía,  
de apurar unos vasos de cerveza.  
Se le subió el licor a la cabeza;  
dormido cual si fuera en un muelle cama  
quedóse en plena vía...  
¡y de borracho conquistó la fama!

En cambio a don Jacinto, de la uva  
le gusta el grato zumo; en el casino  
muestras da de beber con abundancia  
y retorna a su hogar como una cuba.  
Esto sucede a diario, y –no os asombre–  
como es rico, me dicen que en camino  
está de dar su nombre  
¡a una sociedad de temperancia!

¡Tierra! Clama el marino,  
cuando la sorda tempestad lo aterra;  
y el hombre que, juguete del destino,

va sintiendo el cansancio del camino,  
clama también acongojado: ¡tierra!

Del mundo en la balumba  
siempre en la tierra el bienestar se halla:  
¡el marino, en la tierra de la playa;  
el que sufre, en la tierra de la tumba!

Desarrapado y sucio el buen Severo  
en la calle abrazaba a su faldero:  
el vulgo festejaba la ocurrencia  
clamando: –¡Pobre loco pordiosero!–  
y riendo con estúpida insolencia.  
Mas yo que conocía  
la triste historia de Severo un poco,  
menospreciando al vulgo, me decía:  
¡Acaricia a tu perro, pobre loco,  
porque en la triste suerte  
de tu existencia miserable y sola,  
cuando asco causa a todos tu pobreza,  
sólo ese can no ha hecho la vileza  
de olvidarte también, antes al verte,  
mueve en señal de júbilo, la cola!

Cuando contemplo el impudor del vicio  
que a la virtud menosprecia humilla.  
y miro la abyección de los de abajo  
y la degradación de los de arriba:  
cuando veo que al pobre se le veja  
en aras de sociales injusticias,  
y al rico le disculpan sus infamias  
y le conceden distinción y estima:  
cuando al que roba porque tiene hambre  
se le manda al presidio, a la ignominia,

y al que le arranca a la mujer la honra  
por su fácil victoria se le admira;  
cuando observo, con asco, a la demente  
humanidad que enferma de lascivia,  
concupiscente esclava del dinero,  
ensalza al vicio, a la verdad fustiga,  
y sé que honor, virtudes y heroísmo  
son vanas frases que sarcasmo inspiran...  
¡Siento que justa indignación me ahoga  
y ansío con las cuerdas de mi lira  
fabricar un dogal para aplicarlo  
al cuello de esta humanidad maldita!

## De otro días

Después de mucho tiempo, esta mañana  
cuando la lluvia lenta descendía  
y el cielo gris en la extensión lejana  
besar a la planicie parecía,

volví a verte gentil en la ventana,  
como la noche blanca de aquel día  
en que tus labios, rojos cual la grana,  
me dijeron, temblando, que eras mía.

Al mirarte, tornaron muchos viejos  
recuerdos de venturas ya remotas,  
y al verme de tu amor siempre tan lejos,

sentí profundos celos de la lluvia  
que acariciaba con sus finas gotas  
el oro limpio de tu trenza rubia.

## Santa Tristeza

A Manuel Caballero

### I

Bajo la paz religiosa  
de este crepúsculo de oro  
se abrirá, como una rosa,  
mi pasión en un ¡te adoro!

Haré que la rima, unciosa,  
con lento ritmo de coro,  
parezca una mariposa  
en el soneto incoloro.

¡Oh, tú que eres toda casta!  
Me encantan las palideces  
de tu inefable belleza,

y te adoro tanto, que hasta  
una virgen me pareces;  
¡la virgen Santa Tristeza!

### II

Tu voz se oye en los pensiles  
si suspira el arpa eólica,  
y hallo en tus regios perfiles  
una gracia melancólica.



Tienes los rasgos gentiles  
de una escultura católica  
y esparcen tus quince abriles  
una fragancia bucólica.

¡Te amo! –dice en secreto  
un romántico soneto,  
porque llenas mi ideal,

¡oh, tristeza pensativa  
arrancada de la ojiva  
de una vieja catedral!

### III

Hora santa. Dios oficia,  
con el tenue violeta  
de su mágica paleta  
a los cielos acaricia.

¡Oh, mi pálida novicia!  
Mira con ansia secreta  
en tus ojos el poeta  
una lejana caricia.

Todo duerme en hondo duelo  
y a la tarde que huyo, miro  
como un ave que alza el vuelo.

Es instante de pasión,  
y en el ala de un suspiro  
puedes darme el corazón.

IV

¡Qué gentil, Santa Tristeza!  
En el soneto incoloro  
radiará, cual chispa de oro,  
tu románica belleza.

Inclinaste la cabeza  
como las santas del coro,  
y pude oír un ¡te adoro!  
de tus labios de frambuesa.

Sentí en mi alma extraños vuelos,  
ansias de místicas bodas,  
y se rasgaron los cielos,  
y abrieron, broche tras broche  
las estrellas, todas, todas,  
diciéndonos: ¡buena noche!

V

¡Mientras la noche caía,  
sobre tu faz lo sonrojos  
se empurpuraban tan rojos  
que creí que amanecía!

¡Mi amorosa letanía  
escuchaste sin enojos,  
y sentí al verme en tus ojos  
que eras mía, sólo mía!

Después, tímida, partiste  
y, temiendo la asechanza,  
–no me olvides– me dijiste.

Y en mi alma, loco o cuerdo,  
mire el sol de la esperanza  
y la luna del recuerdo.

VI

Cambió la decoración:  
vino el rencor importuno  
y su eclipse tuvo el uno,  
la otra su conjunción.

Voluble tu corazón,  
de firmeza el mío ayuno,  
entre los dos, de consumo,  
matamos a la ilusión.

El orgullo impulsó al austro  
que agostó nuestros amores;  
yo me fui al sueño, tú al claustro,

y hoy, que amo aún tu belleza,  
en tu altar mis blancas flores  
deshojo, ¡Santa Tristeza!

## ¡Cobarde!

**B**usqué el rincón más triste  
de la lujosa y confortable estancia,  
donde la luz no hiriera con sus oros  
el cristal de las lunas biseladas,  
para pedir piedad a sus desdenes,  
sin que viera mis lágrimas.  
Me dolía el fuetazo de la injuria  
con que cruzó mi cara,  
para gozar de la fruición intensa  
de ver hecho pedazos a sus plantas  
mi corazón de niño,  
cual bandera en la lucha conquistada.  
La dije... no sé qué: cuanto se siente  
en lo íntimo del alma,  
cuando la juventud con sus enseños  
quema la sangre, el corazón abrasa,  
burila el verso y en el alma se abren,  
como flores de sol, las esperanzas.  
Pedí misericordia  
para mi amor, a sus pupilas claras;  
tuvo mi voz dulzuras de caricia  
y arrullos de plegaria,  
y en cada frase de cariño puse  
pedazos de mi alma.

¡Y todo inútil fue! Oyó mi súplica  
serena, imperturbable,  
y evoqué las venturas de otros días  
sin lograr que la sangre

con el carmín de la emoción tiñera  
sus pálidas mejillas, como antes.  
Cuando mi ruego enmudeció, vencido  
por su desdén triunfante,  
desde el rincón más triste de la estancia,  
—donde la sombra con extraños jaspes  
manchaba los espejos y tapices  
y los ricos y blondos cortinajes,—  
avanzó hacia el balcón; los transparentes  
hizo girar, y misteriosa, suave  
pasó la luz y se inundó la sala  
de tenues claridades.  
Me miró con fijeza; y, ¿cómo, dijo,  
lloráis, hacéis alarde,  
de vuestra falta de valor? Os odio,  
y tanto como os quise, miserable;  
no merece mi amor el que mendiga  
piedad del orgulloso, el que cobarde  
llora como mujer cuando debiera  
mostrarse varonil...

Por los cristales  
del abierto balcón ya penetraban  
los postrimeros ocres de la tarde.

## Frente al mar

A José Becerra

**R**etratas la turquesa del zafiro  
en tu cristal sereno y transparente,  
y en la playa tus olas, dulcemente,  
mueren con la cadencia del suspiro.

Mas a veces coléricas las miro  
coronarse de espumas de repente,  
cuando Neptuno agita su tridente  
y a la soberbia tempestad admiro.

También en mis profundas soledades  
oculto yo borrascas; mas el verso  
no puede interpretar mis tempestades,

y si en olas de lágrima revienta,  
parece en el papel, pulido y terso,  
un suspiro... ¡cuando es una tormenta!

## Altivez

Tienes razón; no brotarán las flores  
en las quiebras del árido sendero,  
ni en la vida podré con el madero  
de la pesada cruz de mis dolores,

si no vuelven tus labios tentadores  
a balbucir, como antes, un te quiero,  
y no sacio en el límpido venero  
de tus ojos la sed de mis amores.

Mientras me dio tu amor su casto arrullo  
no bajé del dolor hasta las simas;  
te adoro y nunca he de llamarme tuyo,

te amo y nunca lo dirán ms rimas...  
¡Si has de sacrificarme con tu orgullo,  
rebelde quiero ser mejor que Dimas!

## Página vieja

**E**l tiempo borra la pasión y el odio:  
por eso al encontrarte en mi camino,  
quizá por vez postrera,  
te invito a recordar el episodio  
de amor con que el destino  
soñar nos hizo en ideal quimera.  
Fue tan breve la historia  
de nuestro ingenuo amor de colegiales,  
que tal vez no conserve tu memoria  
de aquel ensueño, ni el fulgor silente  
con que a la aurora anuncian en oriente  
los primeros fulgores matinales.

Es verdad, breve fue; pero en el lapso  
en que soñamos con igual ternura,  
sentimos la embriaguez de la ventura  
y los agotamientos del colapso.

Llevamos nuestro ensueño al apoteosis,  
y sin pensar que tras la luz del día  
tiende sus sombras densas la negrura,  
nuestra fatal neurosis,  
en su sed ardorosa de entusiasmo,  
hizo de una ilusión ingenua y pía  
el fugitivo espasmo  
que tanto abrasa cuanto poco dura...  
¡y amor que no se toma en breves dosis  
ya sabes que se muere de la hartura!



Frágiles vimos del amor los lazos,  
caprichosa y voluble la quimera,  
y arrebatados por ideas locas,  
con el temor de que la dicha huyera,  
¡sin cesar se buscaron nuestros brazos  
y sin cesar se unieron nuestras bocas!

Así halagando a la amorosa cuita,  
nunca dejó el romántico embeleso  
que en el solemne culto de la cita,  
fuera omitida la oración del beso.

Después... ya tú lo has dicho:  
de una frivolidad surgió el enojo,  
y aquel amor brotado de un capricho  
tuvo que terminar por un antojo.

No me guardes rencores  
por lo que fue irremediable y triste;  
desfrunce el torvo ceño  
¡y vamos a arrancar algunas flores  
de aquel pasado en el que tú vertiste  
las gratas mieles del primer ensueño!

Tal vez cuando recuerdes  
de nuestro amor el frívolo episodio,  
irradiarán en tus pupilas verdes  
relámpagos de gloria;  
y extinta toda levadura de odio,  
y desprovista del añejo agravio,  
al sentir los perdidos embelesos  
del ayer venturoso en tu memoria,  
tenga una frase de perdón el labio  
que nido fue de apasionados besos.

## A una triste

A Rafael de Alba

¡Pobre de ti, mujer! Ante el intenso dolor que sufres, bajas la cabeza, y abrazada a la cruz de tu tristeza tienes aún para el ingrato, incienso.

Vencer no logras el amor inmenso del que rendido amara tu belleza, y esperando triunfar de su tibieza bajas la vida en rápido descenso...

¿Que si el ingrato volverá? ¡Seguro! [Hay engaños piadosos]. A tu cuita otorga alivio: volverá el perjurio a alentar la pasión que te arrebató... ¡Quien la esperanza al que padece quita, tan asesino es como el que mata!

## Durante el crepúsculo

De súbito en la senda de mi vida surgiste;  
la tarde consumía sus últimos fulgores,  
en el jardín rompían sus capullos las flores  
y Vesper fulguraba en fondo de amatiste.

En el labio la súplica de adoración pusiste,  
en las cuerdas del plectro entusiastas loores,  
y con su luz de aurora tus ojos turbadores  
las sombras disiparon en mi existencia triste.

Mas, ¡qué corto fue el éxtasis! Sensación de un mo-  
mento,  
cuando al tornar del dulce, feliz arrobamiento  
inquirí con zozobra: ¿en dónde estás, en dónde?...

Mis ojos no te vieron... ¡ni volverán a verte!  
Mis sueños duran poco, la vida les da muerte  
y siempre sólo el eco a mi gemir responde.

## Repulsión

A F. González León

Lo sabes tú, es verdad: afán de amores  
siente mi corazón; supremas ansias  
de tener en el viaje de la vida  
quien me diga: soy tuya, vamos... ¡mandal!  
y leal como el perro que me vela  
no tengo miedo a mi pasión huraña  
ni a mis fieros dolores, y me preste  
para subir al ideal, ¡sus alas!

Tú lo sabes, y vienes cariñosa  
a decirme: aquí estoy; tu dulce amada  
seré; tu sed de amores  
calmará la frescura de mis gracias  
en plena juventud, y en tus heridas  
he de verte el bálsamo que sana,  
aplicando a sus labios siempre abiertos  
mis labios que por jóvenes abrasan!

Hermosa, ve adelante; tú me ofreces  
como un consuelo a la inefable ansia  
del amor, que el espíritu ambiciona,  
tu juventud excelsa y soberana;  
el fuego de un abril que a las cortezas  
con los renuevos victoriosos rasga,  
cuaja las yemas y los prados viste,  
abre capullos y enverdece ramas.

Tú me ofreces la dicha  
con el fuego sensual de tus miradas,  
y tus labios me brindas para el beso,  
y el suave roce, en tus mejillas blancas,  
anhelas de mi bozo, en tanto brindas  
a mi concupiscencia, las dos ánforas  
de tus fornidos senos, como vasos  
donde su néctar el amor escancial!

Hermosa, ve adelante; no me ofrezcas  
la fiebre del placer que pronto pasa;  
admiro, como artista, los contornos  
de tu cintura y tus caderas amplias,  
y me incitan al beso los claveles  
de tus labios en flor, y la fragancia  
primaveral que emanas... ¡mas mi espíritu  
busca en sus sueños un amor con alas!

La noche interminable de tus ojos  
no tiene una promesa de esperanza,  
no dice que ha de fulgurar la luna  
ni mucho menos que se acerque el alba,  
y yo busco en el orto de mis sueños  
que se alce siempre, misteriosa y blanca,  
una prístima aurora indeficiente  
que me dé luz y vida con sus llamas!

Hermosa, ve adelante; no mitiga  
mi sed de amores cenagosa charca;  
vamos los dos por diferentes rumbos;  
tú proporcionas el placer que mancha,  
mientras yo ansío, para alzar el vuelo,  
el casto afecto que del lodo salva:  
¡un cuerpo tú me ofreces,  
yo necesito un alma!

## Abril tardío

**P**or mucho tiempo, Laura, día a día,  
los labios mudos, sin hablar los ojos,  
en casta adoración, siempre de hinojos,  
gocé soñando con llamarte mía.

Nunca te confesé mi idolatría,  
ni que me incitas con tus labios rojos,  
hasta hoy que en estos versos, con sonrojos,  
va mi primera confesión tardía.

¿Amor de juventud, cuando ya cubre  
la nieve, de la vida el panorama?  
¿Aves y flores en el mes de octubre?

No, Laura mía; triste amor de anciano  
que a tu piedad, como mendigo, clama  
y al mirarte pasar tiende la mano...

## En días de adversidad

Aunque el dolor me domine,  
jamás convendré en su yugo,  
pues al mazo que me hiere  
no he de rendirle tributo.

Aunque sus golpes me abatan,  
siempre que escogerá mi orgullo  
ser rama débil de un árbol,  
antes que flor de un arbusto.

Que a la rama que no tiene  
salpicaduras de cieno,  
y pugna porque sus frondas  
toquen el azul del cielo,  
podrá fulminarla el rayo...  
¡mas no la ensucian los cerdos!

## Never more

¡Oh, dulce amiga, con qué honda pena  
te da este nombre mi cariño intenso,  
cuando tan sólo mía  
llamarte supo en no lejano tiempo!

Torno de un viaje dilatado y triste,  
y al volverte a mirar, el labio trémulo  
a explicar no acierta  
la extraña sensación que experimento.

¿Eres la misma que adornara un día?  
¿Aquella virgen que escuchó mi ruego  
y en cuyas aras puse  
mi juventud, como oloroso incienso?

Frescos labios en flor eran los suyos,  
radiantes como el sol sus ojos negros,  
y los tuyos son tristes  
y están tus labios sin color y secos.

En tus mejillas lacias y cloróticas  
hondas arrugas el dolor ha puesto,  
y eran las tuyas, frescas  
cual el jugoso fruto del cerezo...

Pero no me respondas, si a decirme  
vas que tú eres la que amé en un tiempo;  
por piedad no deshojes  
las rosas de mis últimos ensueños.



Que si es la juventud planta de sombra  
que el sol agosta y que marchita el cierzo  
y la ilusión no vive  
más que el celaje que disipa el viento,

también los años huella de su paso  
habrán, crueles, en mi rostro impreso...  
¡Ay!, sí, que ya no agitan  
sus alas en mi espíritu los versos,  
ni canta la ilusión en mis alcores,  
ave escapada del país del sueño,  
ni la pasión enciende  
en mis venas la fiebre del deseo!...

¡Oh, pobre juventud, ¿a dónde huiste?  
Ya Psiquis de mis lares alzó el vuelo,  
y del florido pámpano  
no ha de escanciarme su licor, Sileno!

¡Oh, dulce amiga, cuán dementes fuimos!  
Propicio fue a nuestras almas Eros,  
¡pero su madre augusta  
no aguarda ya el holocausto nuestro!

Placeres, gloria, amor, ¡todo se ha ido!  
¡Cuán tarde y con qué pena comprendemos  
que es frágil la ventura,  
breve la juventud y dulce el beso!

## El artista

A J. Inés Tovilla

¡Oh, soñador artista, iluminado  
que al espíritu ofreces la belleza,  
y alumbras con tu olímpica grandeza  
el futuro, el presente y el pasado!

Vives por la estultez vilipendiado  
con su fango te mancha la vileza,  
con espinas coronan tu cabeza  
y tiene el desdén crucificado.

Padece en la mundana barahúnda  
iras del torpe y odios del perverso;  
ya tendrás, aunque póstumos, laureles;

porque mientras la envidia es infecunda  
en la nota hay calor, voz en el verso,  
vida en la piedra y luz en los pinceles.

## Ruego

A Manuel J. Othón

### I

Déjame ver la orla de tu veste,  
volviendo a transitar por la ignorada  
senda en la que, de todos olvidada,  
corre mi vida en la quietud agreste.

Permíteme abismarme en la celeste  
visión que me produce tu mirada,  
antes que por seguirte en la jornada  
a abandonar la soledad me apreste.

Por el sendero gris de la colina  
vuelva a mirar. Nerviosa y elegante,  
tu soberbia, hermosura venusina.

Y cerca mire lo que está distante,  
cuando pueda besar tu mano, fina  
como la cabritilla de tu guante.

### II

Pláceme, en un rincón de la espesura,  
sorprender, cuando vas con lento paso,  
destacada en el oro del ocaso,  
en una apoteosis, tu figura.

¡Admiro la esbeltez de tu cintura,  
que oprime el breve cinturón de raso,  
de tus caderas el redondo trazo  
y el busto que reclama la escultura!

Y pienso al ver que, como esclavo, adoro  
tu divina belleza de mundana,  
que si hubiera admirado ese tesoro

¡algún poeta de la edad pagana,  
habríalo, en un dácilo de oro,  
dado a la eterna admiración humana!

### III

Eres en el divino apartamiento  
en que mi vida perezosa arrastro,  
voz que me arrulla con melifluo acento,  
luz que destella claridad de astro.

Del mundano placer a mi aislamiento  
traes y dejas voluptuoso rastro  
y eres a mis amores monumento  
de carne en envoltura de alabastro.

La placidez de mi quietud perturbas;  
aspiro donde quiera tu fragancia,  
que llena todo al almizclar el aire,  
¡y admiro lo impecable de tus curvas,  
la intensa seducción de tu elegancia  
y la provocación de tu donaire!

IV

Retorna a transitar por mi camino  
y al mirarte venir por el atajo,  
saldré a recibirte, senda abajo,  
para ofrecerte hogar, sustento y vino.

Quiero verte a mi lado de continuo  
y al llegarte a mi mesa de trabajo,  
que de tus crenchas un rebelde gajo  
ponga en mis labios su manchón endrino.

Dejaré entonces, como en otros días,  
ocioso el lápiz y la estrofa trunca,  
y juntando tus manos con las mías,

de la cita de amor en el misterio,  
me ofrecerás no abandonarme nunca,  
feliz en mi amoroso cautiverio.

V

¡Ya no vuelvas! Desoye mi reclamo;  
me envuelve tu perfume en una ola  
de bienestar y mi reposo viola,  
aumentando el amor en que me inflamo.

Cuando murmuras a mi oído, te amo,  
temo que me estrangules con tu gola...  
Deja mi casa, que se quede sola:  
¡no vengas, por piedad, cuando te llamo!

Se marchitaron ya las madresevas,  
mis pensiles carecen de atractivo;

aunque te quiero tanto ya no vuelvas,  
que tus besos no brindan la ventura...  
¿Cómo ha de ser amor lo fugitivo?  
¿Cómo ha de ser placer lo que tortura?

## VI

Mas no, no puedo; si te adoro tanto,  
que si no tomas a mi hogar, espero  
que donde fue para tus pies sendero,  
profundo abismo labrará mi llanto!

Vuelve para abismarme en el encanto  
de tu hermosura; tus caricias quiero,  
que si en tus brazos, de cariño muero,  
la muerte no ha de producirme espanto.

¿Ves cómo torno a delirar? ¡No atino!  
Sé que tu boca envenenó mi vida;  
mas vuelve a transitar por mi camino

una vez más. . . y aunque tu amor me abrasa,  
te veré, te daré mi despedida. . .  
¡y para siempre cerraré mi casa!

## Palmas y espinas

**E**ntra el Justo a Salem entre ovaciones,  
y huellan las pezuñas del pollino  
las palmas con que alfombran el camino  
los que piden a Cristo bendiciones.

Después, el mismo pueblo, a los sayones  
Se une veleidoso, y asesino  
lleva a Jesús, el Salvador divino,  
a que muera en la Cruz entre ladrones.

También el vate, artífice del verso,  
a veces logra conmover las almas  
y sus triunfos pregona el universo.

Pero la admiración se vuelve insidia  
y después del domingo de las palmas  
sufre crucifixiones de la envidia!

## A una aristócrata

¡Cuán bella y qué gentil! Y quién pensara  
que en ese gran tesoro de guapeza  
no ven las multitudes,  
sino carne, cual mármol de Carrara,  
hecha para el deleite y la impureza!  
Ajena a los deseos que provocas,  
con los que el mundo a tu pudor injuria,  
no oyes en el hosanna de mil bocas,  
ni en los ecos de amor de mil laúdes,  
voces y ritmos plenos de lujuria!  
Es que viviendo siempre en un infausto  
ambiente de lisonja y de placeres,  
la pasión hacia el mar te precipita  
y no ves que en la sombra, Margarita,  
te acecha Mefistófeles con Fausto!  
¡Oh, hermosa entre todas las mujeres!,  
deja ese afán de gloria que te abrasa,  
prescinde del boato que te ofusca,  
dale tu adiós al bulevar y busca  
la paz en el olvido de tu casa.

En el risueño hogar, en dulce clama,  
lejos del mundo, a tu pudor nefasto,  
pronto verás crecer, fragante y casto,  
un lirio de pasión que embriague tu alma  
con ensueño de plácida ventura,  
de dicha espiritual, que en su profundo  
placer, no lleva el dejo de la hartura  
que hay en los goces con que brinda el mundo!



Tú, que en los brazos del social bullicio,  
en pos siempre de holgorios y de fiestas,  
rindes ofrenda, sin saberlo, al vicio,  
ignoras que cercana al precipicio  
vas con la carga de tu orgullo a cuestas!

Es tu existencia como mar tranquilo  
que el viento riza y que la luna argenta  
y que cuyas limpias ondas te retratas;  
mas sin pensar en desengaños, atas  
al ave dicha con el frágil hilo  
de la ilusión, que el vendaval revienta.  
No aguardes que se acerque la tormenta  
y tengas que mirar, llena de angustia  
y sin remedio alguno a tu congoja,  
la flor de tu virtud ajada y mustia,  
su cáliz estrujado...  
porque hayas en el baile abandonado  
en cada mano que estrechaste, una hoja!

Si oyeras a la turba de galanes,  
a tu corte servil de adadores,  
—que encubren bajo aspecto de señores  
tendencias y apetitos de rufianes—  
lo que al concluir el vals de ti murmura  
y cómo causa a tu virtud ofensa  
al desnudo poniendo tu hermosura...  
¡cómo enrojecerían tus pudores  
de ira, de indignación y de vergüenza!

Mas a ellos te entregas; tu cintura  
les permites que estrechen, placentera;  
la agitación contemplan de tu seno,  
aspiran el aliento de tu boca...

y la pasión que turba y que provoca  
hace después que con lenguaje obsceno  
describan tu hermosura  
y piensen con solaz en los perfiles  
de tu garganta y sensual cadera  
y en la frescura de tus veinte abriles!

Y así, cuando al sentirte lisonjeada,  
juzgas que eres de todos preferida  
y por todos mimada,  
no piensas, vanidosa,  
que muchos te desean por querida  
y ninguno te acepta por esposa!

Te desean, no más; es una turba  
de lascivos Silenos,  
que esclavos siempre de pasión salvaje,  
sólo procuran, a través del traje,  
sorprender la opulencia de una curva  
y aspirar el aroma de los senos!

Éste es el mundo que tú ves por fuera:  
En el trajín de su perenne orgía  
contemplas a la ignara muchedumbre,  
y miras en tu incauta primavera  
sólo esplendor, placeres y alegría;  
mas en un fondo oculta hipocresía  
y miseria y dolor y podredumbre!

En cambio en el hogar, en dulce calma,  
¡cómo tranquila pasa la existencia!  
¡Qué paz tan indecible la del alma  
y qué tranquilidad en la conciencia!

Tu vida de mundana no concibe  
esa dicha inefable  
que al anhelar del corazón responde:  
ven a gozarla y la hallarás amable:  
¡Sé en vez de la muestra que se exhibe,  
la perla que se esconde!

Oye mi voz, aunque cruel y ruda,  
no pretendas que enciende tus rubores:  
yo no te velo la maldad con flores,  
yo te presento la verdad desnuda!

¿Blasonas de inconciencia? ¡Qué impostura!  
La que va, como tú, por la existencia,  
nunca puede llevar el alma pura,  
y si alguien causa a su pudor ultraje,  
ha de ser en el baile, en la locura  
del placer, donde huye la inconciencia  
y se ensucian las almas, como el traje!

No oigas, si puedes, mi importuno acento;  
sigue la ruta del social bullicio;  
si con redes de oro  
sujeta hoy tu voluntad el vicio,  
fugaz es el placer, la vida breve,  
lo que es sonrisa se convierte en lloro,  
sobre la juventud cae la nieve...  
y el arrepentimiento, cual saeta  
te habrá de lacerar, y en su lamento  
oirás, como feroz remordimiento,  
las cláusulas vibrantes del poeta!



# EN LA CASA

*Realidades y melancolías*

Nada hay más hermoso  
que la verdad.

BOILEAU



*A mi esposa y a mis hijos*





## La oración de la noche

Venid, hijos del alma, es ya la hora  
de entregarse al descanso,  
de olvidar los juguetes  
y reposo pedir al lecho blando.  
Hundiéndose en el poniente el sol, vencido;  
en el azul prendieronse los astros,  
y en la ciudad cesaron los acordes  
del himno del trabajo.  
Todo duerme: en la cuadra  
las vacas y caballos,  
en el soto las brisas,  
en los nidos los pájaros.

Venid, hijos del alma y ante el Cristo  
que muriera en la Cruz, arrodillados,  
elevad la plegaria de la noche  
al Dios tres veces santo.  
Cruza las manecitas sobre el pecho  
y con el alma orad, no con los labios;  
decidle que le dáis profundas gracias  
por el sustento diario,  
porque es plácida y dulce vuestra vida  
y vuestro sueño plácido,  
pues que al abrigo aún de la inocencia  
y pedidle también por tantos niños  
que carecen de hogar y lecho blando  
y no tienen a veces  
pan qué llevar a los hambrientos labios.

Guardad vuestros juguetes;  
con la cruz persignaos

y disfrutad en el mullido lecho  
suave calor entre los linos blancos.

¡Cuán felices seríais en la vida  
si al ir al lecho en busca del descanso,  
pudieráis siempre ante el exangüe Cristo,  
que abre en la Cruz sus paternales brazos,  
con la fe nunca tibia,  
decirle arrodillados:

<<Gracias, Señor, que compasivo y bueno  
nos habéis preservado  
del vicio que corrompe  
el ama con su fango;  
el pan de cada día

con el sudor del rostro hemos ganado:  
intranquila no está nuestra conciencia;  
paz inefable su divino encanto  
en nuestro hogar derrama,  
y en ofrenda a tu nombre soberano  
hemos al indigente socorrido  
y al triste consolado.

Danos un sueño bienhechor: reposen  
los miembros fatigados,  
y déjanos mirar el nuevo día  
si han de ensalzar tu nombre nuestros labios!>>

Si así fuere, hijos míos, ¡cuánta dicha  
sentirían mis restos, olvidados  
en la profunda huesa  
de las fétidas larvas al regalo!  
Volver quisiera entonces a la vida,  
y si me era imposible acariciarlos,  
cuando menos hacer, desde la sombra...  
que os bendijeran trémulas mis manos!

## A una mariposa

A C. Junco de la Vega

¡Cómo eres miserable, mariposa,  
y cuán profunda compasión me inspiras,  
al ver que en torno de ese arbusto giras,  
esclava siempre de una frágil rosa!

Sientes la vanidad de ser hermosa  
y al limo tiendes y el azul no miras,  
y aunque con alas, a ascender no aspiras  
en tu existencia efímera de ociosa.

Oruga enamorada de tus galas,  
¿por qué no te retiras del pantano  
y con tus remos el espacio escalas?

Es que hay en tu impotencia algo de humano,  
pues, aunque tienes hermosura y alas,  
no logras olvidar que eres gusano!

## A un pobre

Al Lic. Román Pérez

**A**nda, no desesperes, ve adelante;  
si piensas que la vida se te alarga  
porque tus horas de placer amarga  
la miseria de lívido semblante...

La abundancia quizá no esté distante,  
y sea dicha lo que fue una carga  
y breve te parezca la que larga  
jornada viste en doloroso instante.

¡Espera, pobre!, y en la diaria lucha  
siempre combatirás con la entereza  
de quien la voz de la esperanza escucha.

El alma débil su valor recobre:  
aún eres rico, guarda tu riqueza:  
¡el que tiene esperanza nunca es pobre!

## Pensando en mi hija

Cuando viniste al mundo  
con tal ahínco ansiaba tu venida,  
que pusieron los ayeres de tu llanto  
en mi boca una plácida sonrisa.

Después, cuando la muerte  
en ti cebó sus implacables iras,  
la sonrisa que viérase en tus labios  
enturbió con el llanto mis pupilas.

¿Por qué, Señor, ofrece  
tan crueles antítesis la vida?  
¡La sonrisa de un ángel causa duelo  
y sus sollozos plácidas sonrisas!

## A una golondrina

**B**ienvenida a mi hogar, ave viajera;  
en uno de los amplios corredores,  
para encubrir tus plácidos amores,  
el alero que hiciste, está en espera.

Retorna la fecunda Primavera  
cuajando yemas y enflorando alcores,  
y en la terraza, reventando en flores,  
se encarama al balcón la enredadera.

Todo está como ayer, cuando te fuiste:  
sólo a mi corazón el sufrimiento  
de la ausencia lo tiene siempre triste.

Pero veré mi angustia mitigada,  
si tú, que eres alado pensamiento,  
el mío llevas a mi dulce amada.

## Aspiración

A veces en la noche silenciosa,  
cuando la luna su fulgor derrama,  
vertiendo sobre el triste panorama  
de la ciudad, que en la quietud reposa,

cierta melancolía misteriosa,  
secreto afán al corazón inflama  
de consumirse en la celeste llama  
de la Eterna Verdad esplendorosa.

Arrebatado por divino anhelo,  
el frágil goce de la tierra olvida  
y lo extasía la visión del cielo.

Y cuando al mundo su latir convierte  
siente un desdén profundo por la vida  
y un intenso cariño por la muerte!

## Vencido

Una vez el dolor, casi al oído,  
-Eres feliz- me dijo; sé que amas,  
mas yo que soy omnipotente, puedo  
hacer que a tu pasión hiera el olvido,  
logrando que la dicha en que te inflamas  
abandone tu pecho, como el nido  
el ave deja, si la racha sopla ...  
Y yo que nunca ante el amargo cedo,  
reté al dolor con la brillante copla  
y su amenaza me dejó sin miedo.

Más tarde una doncella casquivana,  
en la historia feliz de mis amores  
escribió con desdén de soberana  
la página inicial de los dolores.  
Continuaron después nuestras querellas,  
y por segunda vez el sufrimiento  
dijo a mi oído: -¿Ves?, sigo tus huellas,  
hiero tu corazón, turbo tu calma.  
Mas al ver constelado el firmamento  
con esos clavos de oro, las estrellas,  
impasible aguardé el padecimiento.



Después he caminado  
por rutas con espinas y malezas,  
y combaten mi espíritu angustiado  
las borrascas de todas las tristezas.  
Y cada día, en vez de que impaciente,  
cuando la luz del alba abre las flores,  
espere algún ensueño en mi ventana,  
miro con miedo el sol en el poniente,  
porque pienso en mis íntimos dolores  
en el martirio que vendrá mañana.

En vano aguarda la ilusión postrera  
el nuevo abril y el lujurioso mayo,  
que no ha de retornar la primavera  
a dar vida a la flor que en la pradera  
los cierzos arrancaron de su tallo.

Las amarguras hiérenme a mansalva  
y como no hay en mi sendero flores,  
he tomado la cruz de mis dolores  
sin esperanza de que vuelva el aba  
que mi dicha alumbró con sus fulgores.  
Contemplo combatidos y dispersos  
mis ensueños, mis dichas, mis quimeras,  
y en su doliente vibración mis versos  
suplican al dolor: -¡Ya no nos hieras!

El ave dicha se perdió en la selva  
como una débil brizna de hojarasca!  
¡Deja, oh, dolor, que la inconstante vuelva  
a mi pecho y serene la borrasca!

## El ajedrez

Ordenadas las bélicas legiones  
se aprestan a la lucha en el tablero;  
guardan los reyes ademán guerrero  
y van a la vanguardia los peones.

Las torres me parecen los bastiones  
que el flanco guardan de un asalto artero;  
es el ataque de alfil certero  
y avanzan con denuedo los bridones.

Es la vida ajedrez de humanas piezas,  
que mueven las pasiones al combate  
por santos ideales o vilezas;

y cuando más reñido es el combate  
y se persiguen ínclitas proezas ...  
llega la muerte y dice: —¡Jaque-mate!

## A un cigarro

A José Villalobos Franco

Mitigas de la pena los rigores  
y al pordiosero con el rico igualas,  
si con el humo, al ascender, señalas  
camino de ventura a los dolores.

Poco vives; con fatuos resplendores  
ardes, brillas ... y en tanto que sin alas,  
trocando en ondas, el espacio escalas,  
son ceniza, en el suelo, tus fulgores.

Es la del hombre tu fugaz historia:  
Al desgarrar de su inocencia el velo,  
siente un afán inmenso por la gloria;

mas cuando juzga coronar su anhelo,  
la carne, la ceniza, va a la escoria,  
y el alma, como el humo, sube al cielo!

## Rayo de sol

**E**ntra, rayo de sol, en mi aposento;  
besa los blancos lises de la alfombra,  
donde proyecta su movible sombra  
la azul cortina, al columpiarla el viento.

Entra con tus ingenuas alegrías,  
que al abrirte la límpida vidriera,  
con una emanación de primavera  
parece que me dices: ¡Buenos días!

Tú de las simas del dolor me elevas,  
Trayéndome en los céfiros, perdidos  
ecos de las canciones de los nidos,  
dulces fragancias de las rosas nuevas.

Siempre conmigo estás, y de mi puerta  
sólo te vas al imperar la noche,  
mas si abre el alba su carmíneo broche,  
tornas y llamas con amor: ¡Despierta!

En mis días de plácida ventura  
me has alegrado, cariñoso amigo,  
como también, de mi pesar testigo,  
tu consuelo me has dado en la amargura.

Si triste estoy y con plumizo velo  
te nubla la borrasca y no cintilas  
obligas, al buscarte, a mis pupilas  
a contemplar la inmensidad del cielo.

Y pronto el nublo con tu luz se irisa  
y siento del consuelo la frescura,  
que el seno rasgas de la nube oscura,  
poniendo en el azul una sonrisa.

Todo en la vida pasa: se eslabonan  
en cadena fatal llanto y vileza,  
humo es la gloria y humo la riqueza,  
<<y los seres que amamos nos traicionan>>.

Sólo tú alumbras el paisaje yermo  
de la vida, con luz que todo anima,  
y el grano cuajas en la siembra opima  
y das salud al corazón enfermo.

Entra, rayo de sol, con tu tesoro  
de vida y de calor por la ventana;  
ya siento que la rima casquivana  
bañarse quiere en tu diluvio de oro.

Entra, buen camarada; tú no engañas  
ni eres al pobre con tu amor rehacio,  
que lo mismo iluminas el palacio  
del rico, que las míseras cabañas.

Buen amigo, tú calmas mis dolores  
y aliento das a mi gentil ensueño...  
¡y cuando duerma en paz mi último sueño  
harás crecer en mi sepulcro flores!

## A una fuente

A Manuel Carpio

**M**i alma a tus arrullos no resiste,  
y a ti viene, a gozar con la divina  
cadencia de tu estrofa cristalina,  
eternamente melodiosa y triste.

Siempre gimiendo, el llanto que vertiste  
rebas el borde del tazón de china,  
y al derramarse por la gris colina  
de flores y de césped la reviste.

Así cual tú, murmuradora fuente,  
pasó mi vida en perdurable calma,  
llorando mi pesar eternamente.

Mas si el llanto de todos mis dolores  
con sus hieles amargas llena el alma ...  
¡Borda el verso mi senda con sus flores!

## Himeneo

**E**ntra, Circe; en el tálamo te espera  
el Amor con sus dioses tutelares,  
que ya para tus bodas, Primavera  
revistió los naranjos de azahares.

En la red de la dicha prisionera,  
para que no te aflijan los pesares,  
tu amor-por casto-sea, Dios lo quiera,  
un verso del Cantar de los Cantares.

Avanza, Circe, al tálamo, y ofrece  
al novio que de amores desfallece  
de tu cuerpo y tu alma las primicias.

...Mas corre las cortinas de tu alcoba,  
porque, a veces, rumores de caricias  
el indiscreto céfiro se roba.

## En noviembre

– Madre, ¿por qué parece que solloza  
la voz de la campana?  
¿Por qué no llama con el son que invita  
a la misa de Pascua?  
¿Por qué el azul del firmamento enlutan  
esas plomizas gasas,  
y la lluvia es tan triste que parece  
una lluvia de lágrimas?  
¿Por qué en las ramas del sauz, escuetas,  
melancólica el aura,  
finge con sus rumores misteriosos  
una triste sonata?  
–Hija, porque en noviembre la Natura  
eleva una plegaria,  
un *requiescat in pace*, por aquellos  
que en la fosa descansan,  
sin que el cariño de una amante esposa  
les lleve una guirnalda,  
ni la pasión inmensa de una madre  
haga en sus tumbas guardia.  
Es que para los pobres olvidados  
tienen las cosas una ofrenda sacra,  
¡la deuda de piedad que les esquiva  
la piedra de las almas!



## En el templo

### I

A ti, Jesús, el pecador se llega  
buscando el eco de tu dulce acento,  
y por este divino apartamiento  
deja el trajín de la mundana brega.

A las delicias de tu amor se entrega,  
que está de paz y de perdón sediento,  
y al confiarte su íntimo lamento  
de tus piedades en la mar se anega.

¿Cómo, dulce Jesús, por tantos días  
busqué en el mar fugaces alegrías,  
rompiendo de tu amor los dulces lazos?

Y ahora que a Ti vuelvo arrepentido,  
piedad encuentro en cambio de mi olvido ...  
¡qué abiertos tienes en la Cruz los brazos!

### II

Dulce Jesús, que por mi dicha preso  
estás en la quietud del santuario,  
no te bastaron de la Cruz el peso  
ni la muerte afrentosa del Calvario,  
para mostrar tu amor, y en el exceso  
de tu bondad creíste necesario,  
para estar pronto siempre a nuestro acceso,  
quedarte, hecho pan, en el sagrario!

¡Oh, dulce ejemplo de un amor sin nombre!  
Tú, Dios excelso y Todopoderoso,  
la excelsa voluntad rindes al hombre!

Y aunque te corresponde con desdenes  
lo perdonas, y Padre cariñoso,  
le dices con amor: ¿Por qué no vienes?

### III

¡Oh, buen Jesús! La humanidad perjura  
te deja en el sagrario en abandono,  
y se avergüenza de tu rico trono,  
traen su ofrenda, al contemplarse impura.

No comprende su inmensa desventura  
y en vez de darte amor te guarda encono,  
y de su ingratitud en pobre abono  
ni tu amistad reconquistar procura.

Día a día, Señor, malo y perverso  
repite el mundo en su insensata fiebre  
la dura inquietud de los sayones,

olvidando que el Rey del Universo  
nació, por redimirlo, en un pesebre,  
y murió, por salvarlo, entre ladrones!

### IV

Padre, yo he sido la extraviada oveja  
que dejó, al escaparse del aprisco,  
su fe, del mal sobre el abrupto risco,  
como entre zarzas el vellón se deja.

La dicha a veces de tu lado aleja;  
mas al soplar el duelo su ventisco  
retorno con mi ofrenda de lentisco,  
triste como la angustia que me queja ...

Quiero escuchar tu silbo, Pastor Santo;  
Tú, que el rebaño a defender aspiras,  
de esta oveja que torna enjuga el llanto;  
borre mi contrición tus justas iras,  
y feliz, en la cruz de mi quebranto,  
seré si Tú desde la Cruz me miras!

V

¡Qué dulce paz y bienhechor sosiego  
me brinda el santuario, Jesús mío!  
Tú me libertas del profundo hastío  
que el placer proporciona con su fuego-  
su pena alivia el alma con el ruego,  
y al hallar en la tierra luto y frío,  
experimenta por el mal desvío  
y por el bien y la virtud apego.

Si me azotan con furia los dolores  
hallo en tu asilo cariñoso amparo,  
paz que conforta y caridad que alienta;

que Tú, como el abril, me brindas flores,  
y en el mar de mi vida eres el faro  
que me alumbra en las noches de tormenta!

## El dolor

**E**ncariñado el corazón contigo  
tu larga ausencia con razón extraña;  
vuelve y encontrarás de mi cabaña  
franca la puerta a generoso abrigo.

No eres de mis ensueños enemigo  
ni a mis caricias tu amargura daña;  
por eso al irte, siempre te acompaña  
un adiós melancólico de amigo.

Enluta mi horizonte con tus velos,  
turba la paz de mi olvidada vida  
con las iras soberbias de tus duelos,

que logras sólo con tu angustia cruenta,  
que mi alma quede al contemplar tu huida,  
como el cielo después de la tormenta.

## Llueve...

Las postrimeras luces de la tarde  
se ahogan en la tumba del ocaso,  
y del Levante al Occidente cuelga  
la noche melancólica su manto.

Sobre el tibio rescoldo del crepúsculo  
prende la noche sus mortuorios paños,  
y la oración del Angelus, solemne,  
llena con sus acentos el espacio.

Por el Oriente pavorosas suben  
nubes de tempestad, y el viento airado  
desgreña las melenas de los árboles  
y encarruja el cristal de los remansos.

Reina la oscuridad, que desvanecen  
con sus frágiles fuegos a intervalos,  
la intermitente luz de las luciérnagas  
y la explosión de incendio de ralámpago.

La borrasca se acerca: estruja el viento  
de las flores los pétalos de raso,  
y el trueno bate sus heroicas marchas  
en la región inmensa del espacio.

La lluvia empieza: con marcial redoble:  
se anuncia en los balcones y tejados,  
y semeja un repique en los follajes  
tostados por el fuego del verano.

Aquí, en mi hogar, la música del agua  
arrulla mis ensueños entre tanto,  
y pienso en la alegría de los pobres  
que en la tranquila soledad del rancho  
sueñan con la abundancia de las milpas  
y la prosperidad de los rebaños:  
y gozo al meditar en que Natura  
pronto desplegará todo su fausto,  
y pondrá en los bordones de mi lira  
ingenuos ritmos para nuevos cantos...  
mientras mis hijos dejan sus juguetes,  
por el fragor del trueno amedrentados,  
y acurrucan sus blondas cabecitas  
de la amorosa madre en el regazo,  
buscando contra el miedo a la borrasca  
seguro puerto y bienhechor amparo.

## Frente al espejo

Jamás en mi feliz adolescencia  
busqué en tu luna complaciente amigo,  
ni de mi vanidad hice testigo  
a tu frágil y limpia transparencia.

Ora, que al declinar de la existencia  
sólo la pena se quedó conmigo,  
me recibes con cara de enemigo  
cuando suelo venir a tu presencia.

Aumentas sin piedad mi desventura,  
obligándome a ver el hondo estrago  
que en mi rostro dejara la amargura.

Mas reflexiona mi razón y advierte  
que en ello no hay sino amistoso halago,  
ya que a pensar me obligas en la muerte.

## A un ciego

Al Lic. Victoriano Agüeros

¡Ciego, me inspiras lástima! Que insano  
niegue a su Dios el ser y la grandeza,  
quien de las cosas viendo la belleza  
dichoso sea en el erial humano.

Pero tú no le niegues; de la mano  
te guía por el mundo la tristeza,  
y es forzoso que inunde tu cabeza  
la fe que rasga el velo de lo arcano.

Sin esa luz espiritual, responde:  
¿A quién elevarás piadoso ruego  
para obtener resignación? ¿A dónde  
irás en busca de refugio y calma?  
¡Ya que eres en la vida un pobre ciego,  
no quieras ser también ciego del alma!



## A la Cruz

A Fidel Silva

**S**i me agitan las torvas desconfianzas  
y la ira con sus pérfidos enojos,  
a ti, signo de paz, vuelvo los ojos  
y mis dudas y cóleras afianzas.

Leo en tus brazos buenas enseñanzas  
de amor, que infunde indómitos arrojos,  
que trueca en blancas flores los abrojos  
y consuela mis tristes añoranzas.

El alma al odio y al placer esquiva,  
Oh, árbol en perpetua primavera,  
cómo de tu grandeza se cautiva!

Y si de amor estás siempre en espera,  
cobíjeme tu sombra, mientras viva;  
recíbanme tus brazos, cuando muera!

## Viendo una mariposa

¡Cómo del sol te miro a los rigores  
ir y venir sobre pintadas flores,  
ebria de vanidad y de alegría,  
luciendo el iris todo en tus colores  
y chupando a las rosa su ambrosía!

Mas. . . ¡qué obscura y qué frágil tu victoria!  
¡De nada sirve ser joven y bella!  
La racha llega. . . ¡y acabó tu gloria!  
No dejaste en el viento ni una huella  
ni perdura un recuerdo de tu historia!

¡Qué grande semejanza, vagabunda,  
hay en tu vida ociosa e infecunda  
y la de esas mujeres vanidosas  
que, del mundo en la boca barahúnda,  
viven tan sólo para ser hermosas!

## Vientos de febrero

Sopla, ¡oh viento!, y estremece los cristales,  
alza polvo, arranca flores, barre glebas,  
qué tibiezas y vigor primaverales.

Tú no rimas, como el aura, madrigales;  
pero en cambio mudas todo y lo renuevas,  
que tú pones en las ramas hojas nuevas  
y salpicas de capullos los rosales.

Barres nidos y arrebatas mariposas;  
pero el germen de futuras floraciones  
siempre llevas en tus alas poderosas.

¡Y en el árbol de mis viejas ilusiones  
nuevos brotes, nuevas aves, nueva rosas,  
nunca dejan del dolor los aquilones!

## A un solitario

Al Dr. D. Adolfo León Gómez

### I

**E**xtraviado una vez en la montaña  
me abandoné a los brazos del destino,  
y el ladrido de un perro, en mi camino  
me guio hasta llegar a tu cabaña.

Tu perro gruñó más ; con voz extraña  
preguntaste: ¿Quién es? –Un peregrino. . .  
Y, libre el paso, hallé en tu mesa vino  
y plática sabrosa en tu compañía.

Y vi que era tu vida dulce y bella,  
libre de envidias cuanto ajena al dolo,  
en la solemne paz de tu destierro.

Pero buscando al mundo, huí de aquella  
inmensa soledad turbada sólo  
por el ronco ladrido de tu perro!

II

Era entonces feliz. Dejé la cumbre  
donde se alza tu choza, y al bullicio  
social torné, donde su culto al vicio  
ofrece la ignorante muchedumbre.

Mas, ¡ay!, entre la humana podredumbre  
nada encontré a mi ideal propicio,  
y sufriendo tantálico suplicio  
los ojos vuelvo hacia la azul techumbre.

Pasto de envidias, víctima de dolo,  
medito en la inquietud de tu destierro  
entre la multitud viviendo solo.

Cuán dichoso será quien vive en calma,  
lejos del mundo y en unión de un perro,  
en paz el cuerpo y en reposo el alma!

## Navidad

«Esta noche es Noche-Buena»  
canta afuera el villancico,  
y sus voces melancólicas  
que arrastra el viento en su giro,  
las oigo llegar vibrantes  
hasta el pequeño recinto,  
donde el amor de la lumbre,  
rodeado de mis hijos,  
patriarcalmente celebro  
el nacimiento del Cristo.

Y al mirar el nacimiento,  
que arde en luces encendido,  
nevado por las escarchas,  
cuajado de farolillos,  
por donde los Reyes Magos  
siguen el recto camino  
que la blanca estrella mística  
les señala con su brillo,  
para llegar al pesebre  
donde reposa el Dios-Niño;  
y al oír las voces gárrulas  
de la turba de chiquillos,  
que ven con ojos ingenuos  
el dulce pasaje bíblico,  
por el amor de la madre  
representado al capricho,  
y sueñan con la venida  
de los viajeros divinos...

con el alma de inefable  
ventura llena, repito:  
«Esta noche es Noche-Buena»,  
como canta el villancico.

Pero luego, cuando escucho  
que con lúgubre gemido  
silba el viento en la calleja,  
y con tristeza medito  
en los hogares sin lumbre  
y en las almas sin cariños,  
en los pequeños sin madre  
y en los pobres sin abrigo,  
con el alma dolorida,  
rebotando angustia, digo:  
No «es Noche-Buena esta noche»,  
como canta el villancico.

Escuchad, hijos del alma:  
Juguetes, dulces y mimos,  
manos que os cuiden solícitas  
besos que os brinden cariño,  
todo tenéis aquí dentro;  
pero afuera. . . ¡cuánto frío!,  
¡cuántas familias con hambre,  
cuántos pobres que ateridos  
no hayan calor que conforte  
y aliente sus miembros rígidos,  
ni tienen pan en su mesa,  
ni un jergón que les dé abrigo!  
Tened piedad del que sufre,  
tened piedad del vencido,  
y bajando hasta los fondos  
donde viven los proscritos

de la voluble fortuna,  
llevad amor, que es alivio,  
llevad amor, que es promesa,  
al triste, al enfermo, al mísero,  
pues más que el pan al hambriento,  
sirve el amor al espíritu,  
y la limosna del alma  
que lleva el pan del cariño,  
es la caridad más grande  
que se hace en nombre de Cristo!

Y al hacerlo, aunque no haya  
en el hogar, altarito,  
ni la música desgrane  
con unción sus suaves ritmos,  
ni en los amplios corredores  
el heno cuelgue sus hilos,  
las piñatas sus festones  
y las lámparas sus brillos,  
decid con el alma henchida  
de inefable regocijo:  
«Esta noche es Noche-Buena»  
como canta el villancico.



## Para una memoria

A M. Barrero Argüelles

### I

No te guardo rencor por lo que hiciste.  
Con tu pasión de niña casquivana  
un alegre paréntesis abriste  
en mi triste existencia cotidiana.

Si me dejaste, fue porque mi triste  
ceño azoró tu juventud lozana,  
y temerosa de la tarde huiste  
antes de que se fuera la mañana.

Al ansia del placer siguió el desmayo;  
pero después de la borrasca recia  
mi alma quedó con su dolor inmenso,

como en las tardes del florido mayo  
queda al concluir el festival la iglesia:  
impregnada de flores y de incienso!

### II

Cuando el eco del Angelus resuena  
vienes a mí, en actitud piadosa,  
y viertes en mi alma la serena  
melancolía de una tarde acuosa.

Si sufro, alivias con tu amor mi pena;  
si gozo, alientas mi ilusión gloriosa,  
y al ruego dúctil y al rencor ajena,  
me guías como estrella luminosa.

En mi alma iris y en mis sueños ala,  
siempre que acudes a la diaria cita  
haces, de buena y compasiva, gala,  
y al despedirte, que me dejas siento,  
como un alivio a la presente cuita,  
perfumes de un antiguo sentimiento.

## Viernes santo

Jerusalem, Jerusalem deicida,  
loca por el rencor que te enajena,  
al Justo arrancas la gloriosa vida  
en el Calvario, con furor de hiena.

La tierra, de pavor estremecida,  
ve con asombro la terrible escena,  
y asoma en pleno día, enrojecida  
su descompuesta faz la luna llena.

¡Triunfó la iniquidad! ¡Ha muerto el Justo!  
Y al consumarse el sacrificio augusto  
nos unen a Jesús más fuertes lazos;

que para mitigar nuestro tormento,  
en la cumbre del Gólgota sangriento,  
la Cruz abrió sus paternos brazos!

## Después de leer “En Colonia”

Esto fue en Navidad.

En Alemania,  
en el triste rincón de una taberna,  
tres jóvenes artistas, tres bohemios,  
el cincel y la lira y la paleta,  
se dieron cita para en dulce charla  
alegres celebrar la Noche-Buena.  
Era triste el lugar.

Era en un barrio.  
Agrupados en torno de las mesas  
obreros, artesanos y burgueses  
formaban un murmullo de colmena,  
y la luz tremulaba y encendía  
el ámbar de los bocks de la cerveza  
con mil irisaciones.

Crepitaba  
la leña en las hornillas.

Y allá afuera  
la nieve descendía tristemente  
y el Rhin canturreaba sus leyendas.

Allí hablaron los tristes soñadores  
de sus ansias de amor y de sus penas,  
de sus sueños de gloria y de la Patria,  
sin sentir en la dulce confidencia  
que el tiempo transcurría.

Mas de pronto  
-¡Media noche! -gritaron de unas mesas,

–¡Navidad! –exclamaron de las otras,  
y las copas chocaron.

Y allá afuera  
las campanas parece que gritaban:  
¡Noche de Navidad, bendita seas!  
¡Gloria a Dios en las célicas alturas!  
¡Paz al hombre en la tierra!

Y los tres soñadores, en el frío  
y ahumado rincón de la taberna,  
al mirar que a aquellos alborozos  
eran indiferentes, sin que hubiera  
un alma que a las suyas se enlazara  
para gozar de la estruendosa fiesta,  
sintieron el dolor del ostracismo,  
en sus pupilas asomó la pena,  
y, en el hogar pensando y en la Patria,  
vaciaron en silencio las botellas,  
apuraron las copas. . . y les supo  
muy amarga y muy triste la cerveza!

Y siguieron tomando vino triste. . . .

Y cuando al otro día, la indiscreta  
luz de una melancólica mañana  
fustigó en la cantina a las tinieblas,  
salieron a la calle, y parecióles,  
ebrios, más que de vino, de tristeza,  
triste el sol, triste el cielo, triste el aura,  
triste el Rhin repitiendo su leyenda.

## A un rencoroso

¿Que mis odios te alarman? ¡Tú deliras!  
Hago de tu rencor tan poco aprecio,  
que no ha de conseguir tu menosprecio  
encender de mis cóleras las iras.

Dándome penas, en mi torno giras;  
mas no me alteras con tu insulto necio,  
que digno como eres del desprecio,  
sólo una triste compasión me inspiras.

Hiéreme más, que tu ruindad perdono;  
y aunque sé que eres pérfido y villano  
y en la calumnia y la maldad valiente,

no he de volverte encono por encono:  
¡No en balde llevo el nombre de cristiano  
y rezo el Padre Nuestro diariamente!

## Ayer

### I

Cuando concluyo la labor del día  
y retorno al hogar, donde me espera  
en el balcón mi dulce compañera  
con el tesoro de la hija mía,

siente mi corazón que es buena y pía  
la vida, para algunos tan artera,  
y me acaricia el alma, pasajera  
y grata sensación de poesía.

Pero al ver a mi hija, que en la cuna  
duerme en paz... me acobardan los temores,  
al mirarme sin nombre y sin fortuna,

y se quejan al Cielo mis dolores  
con el mudo lenguaje de la luna  
que narra sus tristezas a las flores.

## Hoy

### II

Buena te juzgué, ¡oh, vida! . . y eres mala.  
Mintió mi pluma ayer, cuando decía,  
en un arranque de placer, que pía  
eras al cobijarme con tu ala.

Odio profundo para ti se exhala  
de la sangrante flor del alma mía,  
que muy tarde comprende en su agonía  
que a pérfida y cruel nadie te iguala.

Di: ¿por qué a tu rival le permitiste  
que segara la vida de mi gloria,  
de mi hija, luz en la existencia triste?

Y aun ves que la arrancó de nuestros brazos  
e impasible contemplas su victoria:  
¡dos corazones, ¡ay!, hechos pedazos!







Por la santa madre  
que enseña el perdón a tus labios,  
por la buena novia  
que tanto quisiste en tiempos lejanos,  
por todo lo ausente  
por siempre perdido, por siempre pasado,  
haz que un viento de paz y concordia  
apague la llama del odio villano,  
da al olvido rencillas añejas  
y ven a mis brazos!

Si de niños alegres corrimos  
en la dulce quietud de los campos,  
dando caza a gentil mariposa  
o buscando cerezas y pájaros  
en las ramas cargadas de frutos,  
pobladas de cantos;  
si después al llegar la radiosa  
juventud con su loco entusiasmo,  
unidos tuvimos  
los mismos placeres, los mismos quebrantos,  
ahora ya viejos  
recorramos el último tramo  
tan triste y tan solo,  
tan breve y tan largo,  
que separa la vida y la muerte,  
y a donde con planta segura marchamos.

Y al partir para el viaje postrero,  
para el viaje al eterno descanso,  
dará el que se quede llorando en la playa  
un adiós cariñoso al hermano,  
poniendo en su tumba,  
regada con llanto,



## A un claudicante

Ni envidia ni rencor el pecho siente;  
ni el odio con sus cóleras me embarga,  
ni ajena dicha la quietud amarga  
de mi existir, que corre mansamente.

Al bajar de la vida la pendiente,  
quité de mis pasiones esa carga  
y la ruta que fuera triste y larga,  
mírola corta, plácida y sonriente.

Rompa tu corazón del vasallaje  
con la envidia y el odio, la cadena:  
vence con el perdón al que te ultraje

y un placer gozarás, noble y arcano,  
como al sufrir con la desgracia ajena  
y al gozar con la dicha del hermano.

## En las últimas horas de un año

A Juventino de la Torre

### I

¡Año nuevo! Eslabón de la cadena  
que une a los siglos en eterna alianza,  
de ti olvido implora la añoranza,  
de ti demanda compasión la pena.

Pensando en ti, el alma se enajena,  
y al ver que el sol por el Oriente avanza,  
siente que con fulgores de esperanza  
la inmensidad del horizonte llena.

¿Qué esconderá tu alforja de viajero?  
Todos de ti demandan ricos dones;  
quien gloria, quien amor, quienes dinero;

pero, ¡ay!, a ti, como a los otros años,  
cuantos te ven llegar con ilusiones  
te mirarán partir con desengaños!

### II

Mas yo que del pesar soy un vencido,  
ni riquezas, ni amor, ni gloria quiero;  
ni con zozobra tu venida espero,  
ni de que tardes en venir me cuido.

Al año que se marcha, lo despido  
con un adiós lacónico y sincero,  
y al que llega a mi hogar, como viajero,  
dígame al saludarlo: ¡bienvenido!

Si te miro caer en el ocaso,  
no habrá de afligirme tu partida,  
antes ventura sentirá al perderte

el alma, viendo que tu fuga un paso  
me aleja de los mares de la vida  
y me acerca a las playas de la muerte.

### III

¿Morir?... ¡Dormir! Consolación suprema  
del que en el mar del mundo nunca a flote  
se mira, como un infeliz galeote  
que en las galeras de la vida rema.

¿La muerte? Para el triste es un poema,  
una flor de esperanza siempre en brote;  
la verdad, Dulcinea sin Quijote;  
de la justicia y la igualdad emblema.

No vivir el presente despiadado,  
no sufrir la inquietud de lo imprevisto,  
no llorar las tristezas del pasado...

Si con la muerte tanto bien conquisto  
y por la envidia estoy crucificado,  
llévame a descansar, ¡oh, Jesucristo!

IV

Mas no, Señor, si de mi hogar afuera  
cierzo implacable mi pensil arrasa,  
en cambio encuentro, cuando torno a casa,  
fragancias y calor de primavera.

Si en la calle, con iras de pantera,  
la envidia sobre mis ensueños pasa  
y con sus odios mi ideal abrasa  
y torva la calumnia está en mi espera...

Así quiero vivir; pena y quebranto  
ténganme fijo, entre sus garras preso;  
la vida siempre miraré dichosa

mientras me den, para endulzar el llanto,  
mieles de amor en el panal del beso  
los labios de mis hijos y mi esposa.



## Conformidad

A Benjamín Romo

**A**l contemplarme pobre, la tristeza  
suele un poco afligirme, y por la mente,  
como una tentación, pasa insolente  
la mágica visión de la riqueza.

Del poder me deslumbra la grandeza,  
ambiciono un laurel para mi frente,  
busco el oro... mas luego dócilmente  
vuelvo a cargar la cruz de mi pobreza.

Si al verme pobre, humilde y olvidado  
las calumnias me acosan, ¡qué sería  
si fuera rico, fuerte y admirado!

Pensando así el espíritu se expande  
y con júbilo inmenso se gloria  
de que mi pequeñez sea tan grande!



# EN EL CAMPO

*Croquis y esbozos*

Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus,  
magna virum ...

Tuis hic omnia plena  
muneribus; tibi pampineo gravidus auctumno  
florete ager, spumat plenis vindemia labris...

VIRGILIO



A los artistas de Aguascalientes, a cuantos en mi  
terruño han consagrado, consagran y consagrarán su  
culto al Arte. Como un recuerdo para los ausentes,  
como una voz de aliento para los que luchan, como  
un fraternal saludo para los que vengan.



# Invocación

## I

Oh, tú, Naturaleza, el más galano  
libro que el hombre interpretar quisiera!  
Eres toda pasión en primavera,  
toda fecundidad en el verano,

en otoño tristeza, que un insano  
afán excita en mí por la quimera,  
y en invierno verdad, que justiciera  
la vanidad afirma de lo humano.

Hallan siempre en tus páginas hermosas  
alas mis ideales, luz mis duelos,  
amor el pecho y ritmos los cantares,

ya que escribas con pétalos de rosas,  
con el fulgor radiante de los cielos  
o con el ronco acento de los mares.

## II

¡Oh, tú, Naturaleza!, que no eres  
inconstante, ni pérfida, ni esquivia,  
mi sed de gloria con tu amor aviva,  
si mi entusiasta devoción prefieres.

Desemejante a todas las mujeres,  
no la grandeza te ha tornado altiva,  
y con tu amor inmenso se cautiva  
el alma en sus profundos padeceres.

Tú, que fecundar sabes la aspereza,  
dorar las mías y madurar el grano,  
tú que eres toda amor, Naturaleza,

¡inspírame! Tu aliento soberano  
cuaje la idea en su celdilla, y terso  
y pulido y vibrante surja el verso.



## Preludio

### I

¡En marcha, Musa! Deja el atavío  
con que en la Corte siempre te engalanas,  
y que del campo las costumbres sanas  
den a mis versos juventud y brío.

Ya te darán sus joyas el rocío  
y su aroma y frescura las mañanas,  
y alegre correrás por las sabanas,  
libre de penas y traidor hastío.

Ordena al tedio que te abruma: ¡Huye!,  
al pasional recuerdo: ¡Ya no vuelvas!,  
los viejos lazos del dolor destruye,

y ven al campo a la amorosa cita,  
a vivir en la vida de las selvas  
la inmensa paz que el alma necesita!

### II

Luce el azul en su joyante velo  
una deslumbradora pedrería,  
y va a tender e ruseñor el vuelo,  
al presentir la vecindad del día.

Antes que el sol avance por el cielo,  
dejemos la ciudad que nos hastía,  
y al campo vamos, donde ofrece el suelo  
al labrador sustento y alegría.

Cuando desde Levante el alba blonda  
al horizonte de pulida laca  
con sus saetas de oro y nácar fleche,

bajo el abrigo de la verde fronda  
te ofrecerá el pastor, junto a la vaca,  
un limpio jarro de espumosa leche.

### III

No pretendas ahora que te riña;  
di a la ciudad adiós, sin un lamento,  
y deja que en celeste arrobamiento,  
con mis versos en flor, tu frente ciña.

Antes que de oro la alborada tiña  
la amplitud colosal del firmamento,  
elevarás a Dios el pensamiento  
en la inefable paz de la campiña.

Y cuando luzca el matutino lampo,  
si te asalta la pena, no te acuerdes  
de la vieja ciudad ni te conmuevas,

que ya bien pronto adorarás el campo  
por la frescura de sus frondas verdes  
y la fragancia de sus rosas nuevas!

IV

Queda atrás la ciudad, aletargada  
en el valle en que altiva se recuesta  
y en el oriente a despuntar se apresta  
con sus débiles luces la alborada.

Hacia esta ruta vuelve la mirada,  
donde te ofrece la montaña enhiesta  
delicados perfumes de floresta  
y confusos rumores de enramada.

Nos envuelve un silencio religioso;  
miren tus ojos al confín distante,  
donde el sol, cual un príncipe glorioso,

surje, y vibre en tu ser la poesía  
de este supremo, indefinible instante  
en que muere la noche y nace el día!

V

Rendimos a jornada. Su frescura  
los céfiros te brindan blandamente,  
sus diáfanos espejos la corriente,  
los céspedes su alfombra de verdura.

Preludia orquesta alada en la espesura  
un argentino coro al sol naciente,  
que en las pujantes aguas del torrente  
del arcoíris con la luz fulgura.

Lejos quedó la Corte con sus malas,  
torpes bajezas y su falso brillo;  
aquí en el campo, entre floridas galas,

aspirando el perfume del tomillo,  
cantemos el amor de las zagalas  
al regalado son del caramillo.

## VI

No, no alzaremos al amor canciones,  
porque ofrece la luz de la mañana  
y en las tinieblas de una noche arcana  
sumerge los confiados corazones.

Deslumbra con iguales ilusiones  
el pecho de la rústica aldeana  
y el de la linajuda cortesana... ..  
y las dos lloran luego sus traiciones.

Sólo a ti cantaré, Naturaleza;  
a ti que en ascensiones prodigiosas  
llevas al foco de inmortal Belleza

y almas y cosas sin cesar conmueves,  
lo mismo cuando abril muestra sus rosas,  
que cuando enero hace brillar sus nieves!

## En “La Barranca”

**E**n la linde lejana de tu vega  
agota la ciudad su movimiento,  
y de la envidia el gemebundo acento  
a tu inefable soledad no llega.

Derrotado a traición en la refriega  
y exhausto ya de juvenil aliento,  
por este delicioso apartamiento  
cambio las inquietudes de la brega.

Aquí, muy lejos del mundano ruido,  
busco para mis penas el quebranto,  
busco para mis hechos el olvido.

Feliz me juzgaré, viviendo en calma,  
si hallan, bajo tu cerúleo manto,  
salud el cuerpo y bienestar el alma!

## Paisaje

A E. González Clorca

**A**rde el ocaso en vivas llamaradas,  
que en el éter reflejan su topacio,  
y las aves que vuelven en parvadas  
a sus nidos, parecen incendiadas  
barquillas en los mares del espacio.

Tiñe la cruz de la agrietada torre  
el sol que muere, con fulgor escaso,  
y, como lienzo de joyante raso,  
copia la linfa, que entre musgo corre,  
las púrpuras postreras del ocaso.

Ya la campana con su voz ladina  
la triste prez del Angelus difunde,  
el labriego a su choza se encamina  
y la noche callada se avecina,  
mientras la tarde en el Poniente se hunde.

Del ancho cielo en la extensión tranquila,  
desde el Orto violado al Occidente,  
la sombra tiende un frágil manto lila,  
donde abre repentina y tristemente  
la estrella de la tarde su pupila.

Triscando alegres por la abrupta cuesta,  
donde bate sus alas el ventisco,  
retornan las ovejas al aprisco,  
y del Picacho tras la cumbre enhiesta,  
la luna asoma su argentado disco.

No queda del mirífico derroche  
que el sol hiciera en el zafir, ni un lampo;  
plegó la tarde, como flor, su broche,  
y en la impotente soledad del campo  
reina el silencio augusto de la noche.

## A un arroyo

**T**ranquilo arroyo que ofreces  
en tu música divina  
al ensueño placideces,  
ve, con tu charla argentina,

en el cauce formando eses,  
a ser fuerza en la turbina,  
a ser espiga en las mieses,  
a ser flor en la colina.

Murmurador arroyuelo,  
¡cómo, infecundo, te envidio!  
Tú, con incesante anhelo,

das a la vida tributo;  
¡yo con mi eterno fastidio,  
no doy fuerza, flor, ni fruto!



## Alborada

Rasga el tenue crespón de la neblina  
el alba con sus pálidos reflejos,  
y vierte del arroyo en los espejos,  
los tonos de su sangre purpurina.

Del astro rey la lumbre matutina  
borra los melancólicos bosquejos  
de la alborada, que con oros viejos  
pintaba desde el monte a la colina.

De la ciudad vecina, que allá abajo  
con el valle el primor de su hermosura  
despliega como augusta soberana,

se alza el himno alegre del trabajo,  
que desde el suelo sube hasta la altura,  
cual mística oración de la mañana.

## En la margen del “S. Pedro”

Plácame disfrutar, cuando el crepúsculo  
pone en el cielo sus postreras tintas  
y las estrellas abren  
sus cálices de blancas margaritas,  
de la solemne paz y dulce encanto  
que al corazón ofrece la campiña,  
en el instante augusto  
en que tras el Picacho el sol declina.

Entonces vengo, soñador romántico,  
del “S. Pedro” a las márgenes floridas,  
a que arrulle mis sueños  
con el suave murmurio de sus linfas;  
a que en este retiro el alma vibre,  
como las cuerdas de gigante lira  
que en la Sión celeste  
fuera por manos de ángeles tañida.

Miro el cielo brillar con los colores  
de las últimas luces vespertinas,  
desde que arde el Ocaso  
con fulgores de púrpura encendida,  
hasta que por el orto va la noche  
tendiendo hacia el zenit sus gasas lilas,  
y las rubias estrellas,  
como brillantes trémulos, cintilan.



Mi espíritu se eleva cuando escucha  
el eco misterioso de las brisas,  
que de los altos fresnos  
se quejan en las copas amarillas,  
y se difunde por la paz del campo  
formando dúo con la prez tranquila  
del Angelus que manda  
su triste son de la ciudad vecina.

¡Oh, romanza monótona del río!  
¡Oh, aromas de silvestres maravillas!  
¡Oh, yedra que en tu cáliz  
recibirás del alba las caricias!  
¡Oh, céfiros! ¡Oh, arbustos! ... ¡quién me diera  
poder acompañar con fácil rima  
el himno majestuoso  
que a Dios alzáis cuando la tarde espira!

¡Oh, campo agreste que en el alma pones  
dulces olvidos e inefables dichas,  
permíteme que hastiado  
de la pasión de la ciudad, te pida  
para mis versos, ritmos de tu música,  
para mis hondas penas, tu alegría,  
y un pedazo de tierra  
para que en paz descansen mis cenizas!

## Tempestad

A Liborio Crespo

De Oriente en la brumosa lejanía  
forma la tempestad sus escuadrones,  
y victoriosa clava sus pendones  
en las crestas del alta serranía.

Otra nube del sur, también sombría,  
divide a sus soldados en legiones,  
y con el detonar de sus cañones  
asusta la celeste artillería.

Chocan las nubes y la lucha fiera  
entre los dos ejércitos estalla;  
el rayo rasga la gigante esfera

y asorda con fragores de metralla  
hasta que el arcoíris su bandera  
despliega sobre el campo de batalla!

## Al morir el día

**R**etrata en su listón joyante el río  
el obscuro verdor de la maleza  
y el oro de un crepúsculo de estío.

El Angelus difunde su tristeza;  
vuelve el pastor al rústico bohío,  
donde agrupada la familia reza,  
y la penumbra su crespón sombrío  
por el Levante a desdoblar empieza.

¡Qué bella soledad ambicionada!  
El corazón olvida su congoja  
y mi lira modula sus dolores.

Y sobre la ciudad, que reclinada  
miro en el valle... el azul deshoja  
un puñado de estrellas, como flores!

## Junto al lago

**D**el lago en una orilla melancólica,  
de pie en la roca donde crece el líquen,  
abismado en mis íntimos ensueños  
miro caer la tarde, oscura y triste.

El otoñal crepúsculo no deja  
en el Ocaso sus brillantes tintes,  
ni en la gris lejanía del Oriente  
reflejos de esmeralda y amatiste.

Las sombras suben, el crestón asaltan  
de la montaña, cual pujantes cíclopes,  
y no abren las estrellas en el cielo  
sus cálices pequeños de jazmines.

Duerme la brisa, el cierzo prematuro  
que del lago la tersa superficie  
parece encarrujar, en honda queja  
entre los juncos de la margen, gime.

¡Qué dulce soledad! El alma invaden  
vagos anhelos, penas sin origen,  
y parece acercarse al infinito  
sintiendo la atracción del imposible.

Hora de inmensa paz; la sombra esfuma  
de la tierra y el cielo el breve límite,  
y así también dentro del alma se unen  
la dicha muerta y el dolor que vive!

¡Qué relación habrá entre el misterio  
que su carácter a la vida imprime,  
y el solemne misterio de la tarde  
que en el Ocaso muere, obscura y triste?

Y en tanto el alma su indeciso ensueño  
en la inefable soledad deslíe,  
en el cristal del lago se alzan mudas  
las interrogaciones de los cisnes...



## Claro-Obscuro

A Julio G. Arce

¡Qué hermoso claro-oscuro! Por doquiera  
tiende la lluvia sus cortinas grises,  
y en el valle, en el monte y la pradera  
el verde luce todos sus matices.

No deja el sol, que acaba su carrera,  
en el cielo rosadas cicatrices,  
y la penumbra por la gris esfera  
ya desdobra sus lóbregos tapices.

¡Cuán serena y sutil melancolía!  
Siente bajo su influencia el alma mía  
de una nueva esperanza el casto germen.

Ruega otra vez a la ilusión que aguarde,  
y mis tristezas íntimas se aduermen  
en la quietud inmensa de la tarde!

## En el campo

A Jesús Gallo

Se aspira un suave aroma de la tierra recién mojada por la alegre lluvia; en el orto sus grises pabellones fija con clavos de oro la penumbra y las postreras luces del crepúsculo en el Ocaso lentamente esfuma, mientras la brisa susurrante ensaya entre las frondas su canción nocturna.

Vuelve el labriego, la garrocha al hombro y conduciendo la cansada yunta, al humilde bohío, donde espera hallar con su familia la ventura, a la choza que alegran los chicuelos y las parleras aves con su música, que la deshecha tempestad azota o que las auras del abril arrullan.

Del campanario azul de la capilla se escapa la plegaria taciturna del Angelus sonoro; se difunde por la campiña y la montaña mudas; el céfiro repítela en las frondas donde sus quejas de pasión modula, y deja en el espíritu que sueña no sé qué melancólica tristura...

El ganado retorna a los corrales por una rampa de la senda abrupta,

los tordos se despiden de la tarde  
con su charla alegrando la espesura,  
y deshojando va la noche regia,  
sobre el moaré de la extensión cerúlea,  
un puñado de estrellas sin fulgores,  
como pétalos de anémonas difuntas.

La sombra impera; el viento de la noche  
las hojas lacias de la milpa estruja,  
y en el sagrario agreste de la selva  
a Dios eleva una oración augusta,  
que repiten, el río que a lo lejos  
su sonata monótona murmura,  
los astros que abren sus pistilos de oro,  
la flor que vuelca su fragante urna...

El campo duerme ya; de tiempo en tiempo  
los perros ladran, el coyote aúlla,  
y son éstos los únicos ruidos  
que el gran silencio de la noche turban;  
se miran a lo lejos las fogatas  
que encienden los pastores, y en la altura  
asoma envuelto, entre ligeras nubes,  
su rostro de clorótica la luna.

¡Oh, plácida existencia la del campo!  
Tu paz excelsa mis ensueños buscan  
y tanto te amo que con gusto fuera  
un átomo del sol que te fecunda,  
un astro de la noche que te envuelve,  
una hoja de la flor que te perfuma,  
o el viejo tronco que el abril reviste  
y el cruel invierno con rigor desnuda.

## A un asno

A Amando J. Alba

### I

Eres todo un filósofo, borrico;  
ni el duelo esquivas ni el placer te afana,  
y sólo el goce de pasión liviana  
suele tu calma interrumpir tantico.

Pobre en meollo y en paciencia rico  
sufres al que te zurra la badana,  
y llevas a la rústica aldeana  
lo mismo que al farsante merolico.

¿Quién, como tú, feliz? Cual muchos hombres  
cifras todo tu encanto en el pesebre;  
y aunque a la humana multitud no asombre,

que eres, por torpe, de sarcasmo objeto,  
consigues que un poeta te celebre  
grabándote en el cuño del soneto!

### II

Caído el rabo y la cabeza baja  
no te seducen ignoradas lides,  
y, parodiando a Diógenes, no pides  
sino comer en paz la rica paja.

No conoces de orgullo una migaja,  
y, sumiso en la cuadra en que resides,  
sin protestar, del pienso te despides,  
cuando te ordena el látigo: ¡trabaja!

Humilde el grano llevas a la siembra,  
humilde traes, en la pisca, el fruto;  
y sólo cuando corres tras la hembra

sientes que te entusiasman dulces goces  
y te transformas en el fiero bruto  
que se defiende del rival a coces!

### III

Tu nombre es timbre de tontera; ¡y cuánto  
ser con privilegiada inteligencia  
ambiciona la paz de tu existencia,  
que no la turba el sinsabor del llanto!

No te seduce el pasajero encanto  
de la fama, el poder o la opulencia,  
y a falta de saber, tienes la ciencia  
de vivir sin zozobras ni quebranto.

Lucha en la vida, en el palenque inmenso,  
el hombre, y pide al triunfo una caricia,  
su brillo al oro y al amor su incienso...

Y no obtiene, vencido, en su estulticia,  
ni asegurar, cual tú, el diario pienso,  
ni hallar, en la derrota, la justicia!

IV

Es tu misión de paz; nunca inhumano  
tu fuerza aplicas a vivir en guerra,  
y vas paciente por collado o sierra  
cargando leña o conduciendo grano.

En cambio el hombre, con frecuencia, en su locura,  
lleva el dolor a donde ve el contento,  
hace la noche en donde el sol fulgura!

Y el hombre con frecuencia, en su locura,  
lleva el dolor a donde ve el contento,  
hace la noche en donde el sol fulgura!

V  
ENVÍO

Dándola más de alguno de ladino,  
al ver cómo te ensalzo, considero  
que dirá: A tal Aquiles tal Homero,  
o bueno está el cantor para el pollino.

Juzguen así, que es un juzgar sin tino,  
pues merece un encomio lisonjero,  
quien, como tú, con el sudor del cuero,  
gana la vida y cumple su destino.

Tú debes imperar: en estos días  
en que se pone la virtud a escote  
y se aplauden supremas cobardías.  
y el mal se yergue, sobre el bien, triunfante,  
si Sancho vale más que Don Quijote,  
tú valer debes más que Rocinante.

## El Retorno

### I

El poeta a la musa

Volvamos a la Corte; allí me espera  
la eterna lucha con la diaria intriga;  
arde la lid, y a mi pesar me obliga  
a dejar el país de la quimera.

Si gozamos de breve primavera,  
que al reposo suceda la fatiga  
y en el asalto me halle la enemiga  
vanguardia, defendiendo mi bandera.

Deja estos sitios plácidos y agrestes  
y vamos a luchar, aunque el perverso  
viejas heridas a traición nos abra.

Mira que piden las humanas huestes  
para el amor, la música del verso,  
para la vida, el sol de la palabra!

## II

### La musa y el poeta

Aquí, amado, la ruindad no medra;  
paz inefable el corazón disfruta  
y el vibrante clamor de la disputa  
al soñador espíritu no arredra.

Desde ese banco rústico de piedra  
ves crecer sólo rosas en tu ruta,  
y no te ofrece el campo la cicuta  
en sus menudos cálices de yedra.

Allá hay duelo y rencor; aquí concordia  
y bienestar; sobre un erial inmundo  
el sol arroja allá sus vivos lampos.

—Es forzoso tener misericordia;  
llevemos a ese páramo infecundo  
aire y vida y calor de nuestros campos!





EN LA CALLE,  
EN LA CASA,  
EN EL CAMPO

Primera edición 2020 (versión electrónica)

El cuidado de la edición estuvo a cargo  
del Departamento Editorial de la Dirección General  
de Difusión y Vinculación de la Universidad  
Autónoma de Aguascalientes.